

VISLUMBRES DE LA ETERNIDAD  
ESTUDIOS EN LAS PARABOLAS DE JESUS

POR PAUL EARNHART

Traducido por

BRIGHAM EUBANKS

## **Las Parábolas de Jesús:**

### ***Vislumbres de la Eternidad***

Jesús no era soldado o personaje ilustre o comerciante. Era maestro, único e incomparable, pero maestro (Mat 4.23). La gente que le oía “se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas” (Mat 7.29). Hasta sus enemigos informaron que nunca habían oído a un hombre hablar como él (Juan 7.46). ¿Y por qué no? Era el mensaje celestial encarnado—el Verbo hecho carne (Juan 1.14). En Jesús los hombres vieron, así como oyeron, la verdad. Palabra y pensamiento y hecho se unieron en él maravillosamente. Y en su voz confiada resonaba la eternidad. Él no solamente conocía, sino también era, la Verdad (Juan 14.6).

La misión del Hijo de Dios como Maestro era revelar el corazón de su Padre a los hombres, causar que conocieran y comprendieran su voluntad bondadosa para sus vidas. Tal comprensión no podía crearse por fiat divino. Los prodigios que obró Jesús fueron notables, pero sirvieron solamente para confirmar su mensaje (Juan 3.1-2) el cual, siendo la fuente verdadera de la energía salvadora de Dios (Rom 1.16), a fin de cuentas tenía que ser aceptado y comprendido para ser eficaz (Juan 6.44-45). Por muy magnificante que fuera la manifestación del poder divino, los milagros no podían forzar esa comprensión. Tenía que lograrse por la instrucción paciente y a menudo laboriosa, la cual, aun después de largas horas, días y meses, era sujeta al rechazo completo.

Pero por el amor perseverante de su corazón, Jesús quiso hacer que todos los hombres comprendieran, y eligió estrategias que eran notables por su sencillez. Tomaba a los hombres en dónde estuvieran y se esforzaba por llevarlos hasta dónde necesitaban

estar. Usaba su conocimiento de este mundo para enseñarles acerca del venidero. No hay nada en el estilo de Jesús como maestro que sea una mayor expresión de esto que sus parábolas, y los que quisieran comprender a Jesús a fin de cuentas deben llegar a comprender aquellas historias ilustrativas que llegaron a ser el vehículo característico de tantas de sus lecciones. Las parábolas de Jesús han pasado a la historia y son una parte intrínseca de nuestra cultura. Él podría haber sido inmortalizado en los anales de la literatura por ellas solamente. Pero por toda su fama, son tan poco entendidas por esta generación como por aquella a la cual fueron dirigidas originalmente.

“Parábola,” la forma hispanizada de la palabra griega, *parabole*, se deriva de un verbo griego que significa “poner al lado de, echar junto a.” Una parábola es una historia que yuxtapone una cosa al lado de otra con el propósito de enseñar. Es una comparación, poniendo lo conocido al lado de lo desconocido. Expresado de forma memorable, es “una historia terrenal con un significado celestial.”

La palabra griega para parábola aparece unas cincuenta veces en el Nuevo Testamento, solamente dos veces fuera de los evangelios (Heb 9.9; 11.19, donde se traduce “figura,” RVA, o “símbolo” y “sentido figurado,” RVR1960, LBLA). En Marcos 4.23 se interpreta como “refrán” (RVR1960) o “proverbio” (NVI). Se entiende característicamente como “una narración un poco larga...inspirada por la naturaleza o las circunstancias humanas, cuyo objetivo es presentar una lección espiritual” pero también “se usa para referirse a un dicho corto o proverbio” (W. E. Vine, *Diccionario Expositivo del Palabras Neo testamentarias*, p. 158 [traducción propia]).

Dada la incertidumbre en cuanto a qué exactamente compone una parábola, las listas que se han compilado de las parábolas de Jesús varían de tamaño según el juicio del

compilador. Las listas más largas incluyen tales ilustraciones como “el buen pastor” (Juan 10) y “los dos edificadores” (Mat 7.24-27). Las listas más cortas las excluyen. Trench, en su obra ya clásica, *Nota sobre las Parábolas de Jesús*, enumera solamente treinta.

Si no podemos determinar con exactitud perfecta si es que ciertas ilustraciones de Jesús merecen ser llamadas parábolas, existen algunas cosas en las parábolas que están fuera de duda.

Las parábolas no son fábulas ni mitos. No hay elementos irreales ni situaciones imposibles en ellas. De hecho, su punto fuerte está en la viabilidad total y hasta probabilidad de las circunstancias que describen. Hablan de situaciones conocidas de la vida verdadera.

Las parábolas son más que proverbios, aunque a veces se parecen en su diseño. En los evangelios, a veces se refiere a los proverbios como “parábolas”—“médico, cúrate a ti mismo” (Lucas 4.23); “si el ciego guiare al ciego, ambos caerán en el hoyo” (Mat 15.14-15); “Nadie corta un pedazo de un vestido nuevo y lo pone en un vestido viejo”; “Y nadie echa vino nuevo en odres viejos [...]” (Lucas 5.36-37). Pero un proverbio característicamente es un dicho corto y sucinto cuyo significado es evidente. Una parábola suele ser más larga, más compleja, y el significado no se percibe tan fácilmente

Jesús, según lo que sabemos, no empezó a enseñar por parábolas hasta casi el final del segundo año de su ministerio público (hay una sola excepción, Lucas 7.41-42). Fue en la presencia de una multitud inmensa cerca del Mar de Galilea, y sus comparaciones ilustrativas irrumpieron tanto que sus discípulos se asombraron (Mat 13). Por historias maravillosamente concretas y sencillas, Jesús desarrolló para sus seguidores

los misterios del reino de los cielos. Iba a ser solamente el principio. Esta es una invitación a estudiar aquellas narraciones maravillosas las cuales nos invitan a examinar el mismo corazón de Dios.

## ¿Por qué en parábolas?

Cuando Jesús, casi al final de su segundo año de predicación pública, derramó al lado del Mar de Galilea esa maravillosa serie de parábolas que ilustraron la naturaleza del reino de los cielos, sus discípulos se quedaron tan desconcertados por ellas que le preguntaron en privado, “¿Por qué les hablas por parábolas?” (Mat 13.10; Mar 4.10).

Es cierto que las parábolas tuvieron un lugar especial en la última fase de la enseñanza de Jesús, pero Él no fue el único en usarlas. Aparecen con frecuencia en el Antiguo Testamento (véase 2 Samuel 12.1-4), especialmente en los profetas (Isa 5.1-2; Ezeq 17.1-10), y eran un método de enseñanza bien conocida entre los rabinos del propio tiempo de Jesús. Entonces, lo que debe haber sorprendido a los discípulos no era su falta de familiaridad con las parábolas, sino el cambio repentino a una estrategia que hasta ese momento no era característica de su maestro. Jesús atribuye el cambio en la enseñanza a un cambio en la actitud de sus oyentes.

Mateo dice que Jesús habló en parábolas como cumplimiento de la profecía: “Abriré en parábolas mi boca; Declararé cosas escondidas desde la fundación del mundo” (Mat 13.34-35; Sal 78.2). El propósito de las parábolas era revelar las verdades escondidas del reino de Dios, pero no a todo el mundo. Al corazón honesto, estas historias ilustrativas le iluminarían más, mientras a los orgullosos y rebeldes solamente les aumentarían la confusión (Mat 13.11-17). Eso es lo que quiere decir la afirmación de Jesús que “a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado” (Mat 13.11). Esto no tiene referencia a ninguna clase de predestinación

arbitraria al estilo calvinista sino a un principio que llena las páginas del Antiguo Testamento. Isaías habla poderosamente de él. “Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados” (57.15). “Pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra” (66.2). Y en cuanto al orgulloso, Isaías dice que en el futuro reino del Mesías “la altivez de los ojos del hombre será abatida, y la soberbia de los hombres será humillada” (2.11).

El pasaje en Isaías que cita Jesús para explicar la reversión súbita a las parábolas (6.9-10) habla de la degradación espiritual de Israel, del orgullo y dureza de corazón que imposibilitaban que ellos oyeran o entendieran más las palabras de Dios. Jesús dice claramente que fue una profecía que se había cumplido abundantemente en sus propios oyentes. Toda la sabiduría que escucharon de su boca y todos los prodigios que vieron de su mano no les impactaron nada porque su corazón “se ha engrosado, y los oídos oyen pesadamente, y han cerrado sus ojos” (Mat 13.15).

Estas parábolas eran un abanico en la mano del Hijo de Dios, un abanico que iba a limpiar su era de la paja mientras purificaba el trigo. Eran una espada penetrante de dos filos para determinar si los corazones de sus oyentes eran orgullosos o humildes, duros o contritos (Heb 4.12). Eso es lo que quiere decir su afirmación que “a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado” (Mat 13.12). Los que poseían una actitud humilde eran destinados a tener una comprensión rica y verdadera del reino de los cielos, pero los que no tenían nada o poco de ese espíritu eran destinados a perder aun la poca comprensión que tenían.

El evangelio del reino se ha diseñado de tal manera que atrae e informa al humilde mientras ofende y confunde al orgulloso. Oír la palabra de Dios es una experiencia dinámica. Nos servirá de bien o de mal. El mismo sol que derrite la cera endurece el barro. Pero esa decisión la toma el estudiante, no el maestro. Las parábolas no convierten al corazón humilde en orgulloso, pero pueden convertir al corazón orgulloso en humilde si estamos dispuestos a permitirlo. Ese, claro, es el deseo del Salvador de los hombres.

El significado de las parábolas no siempre era muy evidente, aun al corazón humilde, pero la misma historia que hacía que los arrogantes se fueran riéndose pomposamente traía de vuelta a los humildes para hacer preguntas. Los discípulos de Jesús no entendían por qué de repente empezó a enseñar exclusivamente en parábolas (Mat 13.10, 34-35) o lo que sus historias inusuales querían decir, pero tenían esa sencillez de corazón que les hizo volver para pedir más información (Mat 13.36; Mar 4.10; Lucas 8.9). Nosotros tenemos esa opción, también. Cuando nos enfrentamos con alguna declaración desafiante de la Escritura, podemos o salir desesperados y confundidos o quedarnos pacientes para aprender más. Nuestra reacción revelará si nos es dado saber los misterios del reino de Dios, y qué clase de corazón tenemos.



## Lecciones que apagaron las luces

Se debe decir simple y llanamente que para ciertas personas las parábolas fueron diseñadas para apagarles las luces. Estas historias desconcertaban y molestaban a aquellas almas insinceras que estaban ansiosas por abusar cualquier pequeña verdad que se les filtrara (Mat 13.10-15; Mar 4.11-12; Lucas 8.10). Y no debemos pensar que ellos eran analfabetos religiosos que eran depravados morales. Entre su número estaba la gente más religiosa y aparentemente piadosa de sus tiempos. Pero tenían una agenda que difería de la de Dios.

Después de que el Señor enseñó su gran parábola *del Pastor y el Redil*, un discurso que parece haber dado en el invierno antes de la primavera de su muerte (Juan 10.1-18), sus críticos se quejaban, diciendo que su enseñanza era oscura y confusa y que él debía decirles en lenguaje claro si era el Cristo o no. La respuesta de Jesús fue al grano: les he dicho de mil maneras, dijo él, pero ninguna basta porque simplemente no creen; y no creen porque no son de mis ovejas (10.24-26). El Hijo de Dios no tenía interés en hacerles tragar a los incrédulos lo que realmente no querían. Este gran Pastor llamaba solamente a los que oírían su voz y le seguirían (10.27). A los demás, sus palabras serían no más que galimatías; no porque lo era, sino porque sus oídos carnales no tenían frecuencias espirituales.

El mismo punto se remarca de manera aertada por otro acontecimiento que ocurrió durante el mismo invierno — la sanación por el Señor de un mendigo ciego en Jerusalén en el estanque de Siloé (Juan 9). Los críticos de Jesús al principio buscaban

febrilmente desacreditar esta sanación notable (el hombre era ciego de nacimiento) como ardid, sin embargo, totalmente bloqueados por el testimonio de los propios padres del hombre, no podían más que sostener estúpidamente que lo que todos en el pueblo sabían que sucedió realmente no había sucedido porque se hizo en el día equivocado (el día de reposo) por el hombre equivocado (Jesús). Por nada sino testarudez ciega e inflexible negaron lo innegable. Jesús más tarde les iba a decir, “Para juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados” (9.39). Sus críticos judíos, no tan torpes que no penetrara nada en absoluto, por fin captaron. “¿Acaso nosotros somos también ciegos?” preguntaron. A lo cual el Señor respondió, “Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; mas ahora, porque decís: Vemos, vuestro pecado permanece” (9.40-41).

Como ya hemos notado, las parábolas de Jesús nunca llamaban mucho la atención de la gente que ya lo sabía todo. Solamente servían para apagar lo poco de luz que tales personas tenían, pero eso estaba bien porque el Señor no les estaba llamando a ellos de todas formas, y el momento había llegado ya en el tercer año de su ministerio público para ahuyentar a los críticos eternos, a los que buscaban curiosidades, a los parásitos irreflexivos que no tenían ningún interés verdadero en el reino de Dios. La hora había llegado cuando los discípulos verdaderos tenían que juntarse a él y prepararse para el horror inconcebible que venía.

Por lo tanto, Edersheim (*La vida y los tiempos de Jesús el Mesías*, Vol. II, p. 579-580) clasifica las parábolas de Jesús en una progresión continua de hostilidad de sus oponentes.

1. Las siete parábolas de Mateo 13 sobre la naturaleza del reino de Dios (tarde en el segundo año) se dieron justo después de que los fariseos habían recurrido a dar explicaciones a los milagros de Jesús como demoníacos.

2. Las parábolas dadas después de la transfiguración (tercer año) se encuentran en Lucas, los capítulos 10-16 y 18). Estas tratan del reino, pero tienen un sentido admonitorio y tono controvertido para responder a la enemistad cada vez mayor de los fariseos.

3. Hay ocho parábolas (Mat 18.20-22, 24-25 y Lucas 19) en las cuales el aspecto controvertido domina y el aspecto evangélico se desvanece. Asumen el tema del juicio.

A. B. Bruce (*Las enseñanzas parabólicas de Cristo*) considera que también se dividen naturalmente en tres grupos, pero según la obra de Jesús como Maestro, Evangelista y Profeta.

Las *parábolas de enseñanza* tienen que ver con la obra del Señor al entrenar a los Doce: las parábolas sobre el reino (Lucas 11.5-8 y 18.1-8); además de tres parábolas relacionadas con la labor y la recompensa en el reino—los obreros en la viña (Mat 20.1-16), los talentos (Mat 24.14), las minas (Lucas 19.12).

Las *parábolas de evangelismo* incluyen las que revelan el amor de Dios hacia los pecadores: los dos deudores (Lucas 7:40); la oveja perdida, la moneda perdida, el hijo perdido (Lucas 15); los fariseos y el publicano (Lucas 18.9-14); la gran cena (Lucas 14.16); el buen samaritano (Lucas 10.30); el mayordomo infiel (Lucas 16.1); y el siervo sin misericordia (Mat 18.23)

Las *parábolas de profecía* contienen mensajes de juicio divino e incluyen: la higuera estéril (Lucas 13.6); los labradores malvados (Mat 21.33); la fiesta de bodas del hijo del rey (22.1); las diez vírgenes (25.1); y el rico insensato (Lucas 12.16).

Aunque el análisis de Bruce no es preciso, nos provee unas sugerencias que nos ayudan a entender las dinámicas de las parábolas de Jesús según lo que quiso hacer durante los últimos meses de su ministerio cuando tantas fuerzas estaban esclareciendo.

## Orientándonos en las parábolas

Hay algunos principios importantes que nos deben guiar si hemos de descubrir los tesoros de las parábolas. Fallar a la hora de conocer y seguir las pautas naturales que gobiernan la interpretación de la clase especial de literatura a la cual pertenecen las historias de Jesús producirá confusión en vez de iluminación.

Un ejemplo clásico de cómo no hacerlo se ve en la exposición de Agustino de la parábola del *Buen Samaritano*. Sin hacer caso a ninguna pista contextual, el gran norafricano alegorizó la historia sencilla de Jesús en una historia de la humanidad. El hombre atracado por ladrones (Satanás y sus ángeles) era Adán, que por rebeldía había salido de Jerusalén (la ciudad celestial) rumbo a Jericó (mortalidad). Satanás le despojó (de su inmortalidad) y le dejó medio muerto (espiritualmente, pero no físicamente). El sacerdote y el levita (el sacerdocio y ministerio del Antiguo Testamento) que pasaron de largo eran incapaces de salvar al hombre, y le tocó al samaritano (el Señor) vendar sus heridas (refrenar del pecado), echarle aceite (esperanza) y vino (fervor). El mesón es la iglesia, el mesonero el apóstol Pablo, y los dos denarios son o los dos grandes mandamientos o los dos “sacramentos.” No es necesario comentar sobre tal extralimitación evidente.

Las parábolas de Jesús exigen una aproximación natural, con cuidado de no descarrillarlas de su propósito sencillo. Por lo general se considera que estas historias ilustrativas tienen tres partes básicas: (1) una ocasión histórica que produjo la parábola; (2) la historia o la narración; y (3) la lección principal que se debe sacar de esa historia.

Con esto presente, echemos un vistazo a algunas reglas importantes para seguir al indagar los mensajes individuales de las parábolas.

1. Estúdiense la parábola en su contexto histórico para determinar la razón por la que se contó. Todas las parábolas fueron contadas originalmente para ciertos oyentes en una ocasión en particular. Por ejemplo, la historia del Buen Samaritano fue ocasionada cuando cierto intérprete de la ley se quejó a Jesús de que era muy difícil amar al prójimo cuando uno no sabe quién es (Lucas 10.25-30), y las tres maravillosas parábolas de Lucas 15 fueron una respuesta a los ataques en contra de Jesús por las personas de mala fama con las cuales se asociaba (vv. 1-2). A veces esta información contextual falta y el significado de cierta parábola debe buscarse en la información general de los evangelios, pero cuando esté presente, las circunstancias en las cuales el Señor cuenta una parábola nos dan la mejor pista en cuanto al propósito de su historia. El contexto siempre debe gobernar el texto.

2. Búsquese la verdad principal que la parábola intenta enseñar. La mayor parte de las parábolas tienen la intención de hacer sólo un punto, no de ser el vehículo para el plan de redención completo. Lecciones secundarias con frecuencia pueden derivarse legítimamente de una parábola, pero esto se debe hacer con cuidado y solamente después de determinar el mensaje principal.

3. No hay que intentar buscarle las cuatro patas al gato a una parábola. Los detalles de una parábola a veces pueden tener importancia, pero con mucha frecuencia no contienen ningún significado escondido y simplemente se incluyen para llenar la historia. El becerro gordo, la música y las danzas, el anillo de oro y los calzados y vestido de la historia del Hijo Pródigo no simbolizan nada, sino que simplemente reflejan, en términos

significantes para aquellos tiempos, el gozo del padre al retornar su hijo. Una buena regla es no dar algún sentido figurado especial a ningún detalle a menos que el contexto lo justifique.

4. No se intente establecer ninguna posición doctrinal solamente por una parábola. Se nos aclara mucho en las parábolas de Jesús, pero siempre han de entenderse a la luz de las enseñanzas claras de las Escrituras, nunca en contradicción a las mismas. El propósito de estas ilustraciones es el ser ventanas más que piedras de fundamento. No declaran una doctrina tanto como ilustran algún aspecto importante de ella.

5. Por último, y lo más importante, hágase siempre una aplicación personal de cada parábola. Después de determinar la lección o lecciones correctas de la parábola que se está estudiando, la pregunta más importante es: “¿Me he visto a mí mismo en esta parábola?” “¿Qué cambios en mi vida y en mi forma de pensar exige esta parábola de mí?” No hay mayor tragedia que un estudio de las enseñanzas de Jesús que es motivado por nada más que una curiosidad intelectual, si no es un estudio llevado a cabo por algún predicador que siente la necesidad “profesional” de predicar un sermón a otros sin un solo pensamiento de hacer aplicación alguna a sí mismo. Es imperativo en nuestro estudio de las parábolas que cada uno de nosotros pregunte, “Señor, ¿qué hay aquí para mí?” Solamente de esta manera encontraremos los oídos que oyen por los cuales nuestro Señor hizo llamamiento cuando empezó a enseñar en parábolas (Mar 4.9, 23).

## **Jesús tenía una palabra para eso**

Jesús probablemente era más consciente del mundo en el que andaba que cualquier hombre antes o después de Él. Y de la conciencia profunda de todo lo que le rodeaba sacaba las metáforas ricas que le hacían un ilustrador y maestro tan cautivador.

El Señor comenzó temprano en sus discursos públicos a hablar con conocimiento de los pescadores, agricultores, pastores y comerciantes. Él pintó comparaciones expresivas del mundo de los reyes y los príncipes, siervos y pobres, sacerdotes y publicanos, jueces y ladrones. Hallaba lecciones en la hierba y las flores, en los pájaros y los árboles, en el viento y las piedras. Hablaba de viñas y sembrados, de cizaña y espinos y abrojos. Conocía bien el lugar del zorro y los caminos de los lobos y las ovejas. Y en particular hablaba del hogar—de sal y lámparas y cocinar y limpiar, de banquetes y bodas, de padres e hijos. Y sus palabras eran maravillosas en la manera en que hacían la voluntad del Cielo tan real y clara.

Mucho de lo que Jesús decía tan expresivamente no era en parábolas clásicas, sino en dichos e ilustraciones que se parecían a ellas. A. B. Bruce los llama “gérmenes de parábolas” y G. Campbell Morgan se refiere a ellos como “ilustraciones con rasgos de parábolas.” Muchos son meramente metáforas de pasada que añaden claridad de pensamiento, una enseñanza. El primero aparece cuando el Señor llamó a cuatro galileos a ser “pescadores de hombres” (Mat 4.19). El Sermón del Monte está absolutamente lleno de estas analogías ricas, comparaciones que hacen que la idea virtualmente salte de



la página. Es a estas “parábolas” seminales de Jesús a las que queremos prestar nuestra atención primero.

### **Los acompañantes del novio (Mat 9.15)**

De repente, en medio de la popularidad creciente del segundo año de predicación del Señor y del éxito del gran ministerio galileo, los sinópticos interrumpen su historia para decirnos que no todo está bien. En Mateo 9, Marcos 2 y Lucas 5, cada uno empieza por primera vez a contar de la oposición creciente a Jesús entre la clase dirigente judía. Estorbaba su mundo tradicional. Sus antecedentes y comportamiento no eran ortodoxos en absoluto y esto molestaba a los principales entre los judíos, ¡pero fue la proposición de perdonar los pecados a un hombre paralítico en Capernaúm que al equipo de observación enviado desde Jerusalén le enfureció! ¡Esto era blasfemia! (Mat 9.1-8; Mar 2.1-12; Lucas 5.17-26). Habrían dicho más, ¡pero Jesús sanó por completo al hombre ante sus propios ojos!

La cosa no se mejoró más tarde cuando eligió a Mateo, el publicano, para ser uno de sus compañeros íntimos y luego pasó la tarde comiendo contentamente con otros tipos de mala fama (Mat 9.27-32).

Fue allí, posiblemente cerca de la puerta de Mateo, que los fariseos, en alianza rara con algunos discípulos de Juan, le preguntaron por qué ellos y los discípulos de Juan ayunaban mientras sus propios seguidores comían y se regocijaban (Mat 9.14; Mar 2.18; Lucas 5.33). Jesús respondió que no convenía a los acompañantes del novio estar de luto

en el banquete de bodas mientras el novio estuviera con ellos. Iba a haber suficiente tiempo para ayunar y estar triste, dijo Él, cuando les sea quitado el novio.

Los fariseos y los discípulos de Juan habían tratado de juzgar a Jesús según sus propias normas. ¿Quién le dio el derecho a violar sus modales? ¿Qué clase de hombre de Dios es éste que pasa sus días en banquetes? Uno podría entender a los discípulos del Bautista. Juan languidecía en la cárcel, y sin duda consideraban el ayuno más apropiado que un banquete y a lo mejor se asombraron por la falta de preocupación de parte de Jesús. Los fariseos, por otro lado, eran ritualistas fatuos que tenían el hábito dos veces por semana y así pensaban ganar crédito con Dios (Lucas 18.9-12; según la tradición, Moisés ascendió a Sinaí el lunes y descendió el jueves). No tenía nada que ver con sus corazones o las realidades espirituales de sus vidas. Sus ayunos, como los de los antiguos israelitas (Isa. 58.1-9), no reflejaban ningún anhelo sincero de Dios.

Tenía algo de sentido que los discípulos de Juan ayunaran. El mensaje de su maestro había sido una llamada al arrepentimiento. Había en él consuelo, pero era un consuelo sobrio. El reino de Dios se había acercado, ¿pero quién estaba preparado para recibirlo? Era un mensaje necesitado, pero no era todo lo que tenía que comunicar el cielo.

Les convenía mucho a los fariseos ayunar, porque el camino del Señor les era una carga gravosa que sobrellevar. Ciertamente no sabían nada de lo que Jesús describió como “una fuente de agua que salte para vida eterna” (Juan 4.14). Pero no era correcto que los amigos del Novio estén tristes. Jesús había venido para traer plenitud de gozo (Juan 15.11). Y era el gozo de las bodas más grandes de todas — ¡el matrimonio entre la tierra y el cielo! Llegaría el día en que no hubiera necesidad de decirles a sus discípulos

que ayunaran — ya se avecinaba la tormenta que iba a quitarle al Novio de entre ellos. Pero aún eso no podría quitarles la paz profunda, el gozo exultante que Él les había dado (Juan 14.27-28; 15.11; 16:21-22). Las bodas iban a reanudar al fin en un estallido de triunfo — comenzando con una tumba vacía y terminando en el resplandor de gloria eterna (Apoc 19.6-9; 21.1-4). ¡Cristianos, regocíjense!

## Una invitación al gozo

La pregunta hecha por los discípulos de Juan sobre la costumbre que Jesús y sus discípulos tenían de comer en un tiempo que, para ellos, era lleno de tragedia (Mat 9; Mar 2; Lucas 5) más tarde iba a salir en un interrogante lastimero del mismo Juan en la cárcel. “¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro?” Fue el clamor anhelante de uno cuyos padecimientos aparentemente le habían hecho dudar por un momento al mismo Rey y reino que él mismo había proclamado. Después de contestar la pregunta de Juan, Jesús habló a la multitud reunida de su grandeza singular y entonces les reprochó, notando que eran como niños tercos que, jugando, rehúsan jugar tanto a bodas como a funeral (Mat 11.16-19). Juan había venido ayunando y viviendo aparte y ellos habían dicho que era poseído por un demonio. Jesús había venido comiendo y viviendo libremente entre ellos, ¡y ellos protestaban que era un glotón y amigo de pecadores!

Sin lugar a duda, Jesús identificó Su misión y mensaje con el gozo. Él es el verdadero novio que nos ha invitado a sus bodas. Vino para traer paz al afligido, perdón al culpable, gozo al abatido, libertad al cautivo (Isa. 61.1-3). El mensaje de Juan, y el ayunar de Juan y sus discípulos, eran completamente apropiados en un tiempo—y todavía lo es cuando los hombres y mujeres en su terquedad y orgullo necesitan arrepentirse y humillarse ante un Dios santo y justo. Pero no tiene sentido que los que ya se han humillado en remordimiento profundo perpetúen el funeral cuando “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” ha venido (Juan 1.29).

Es irónico que fue el mismo Juan el Bautista que con anterioridad había dicho, “Yo no soy el Cristo...el amigo del esposo, que está a su lado y le oye, goza grandemente

de la voz del esposo; así pues, este mi gozo está cumplido. Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe.” ¿Por qué seguían ayunando y lamentando estos discípulos del mismo Juan? Porque todavía no creyeron que Jesús era el Cristo de Dios. En sus mentes indecisas el “novio” todavía no estaba con ellos. A diferencia de su maestro, todavía no habían llegado a conocerlo y regocijarse en Él.

Hasta el día de hoy hay personas a las que les cuesta pasar de Juan a Jesús. Ciertamente este es el caso de los miembros actuales del partido “Bautista” que defienden su nombre y espíritu sectario señalando no al Cristo, sino a Juan el Bautista. Quizás convenía en un momento ser discípulo del Bautista, pero ahora que el mismo Hijo de Dios ha venido carece totalmente de justificación (Hechos 19.1-5). Juan sería el primero en reprobalo. Hechos 11.26 dice que “a los discípulos se les llamó cristianos....”

Pasa lo mismo con todos los que hacen reverencia a los hombres que hablan del Cristo más que al Cristo mismo. No existe defensa alguna para los hombres que de buenas ganas se llaman luteranos o wesleyanos, etcétera, o, más sutilmente, aunque no sea en forma abierta, estiman a los predicadores contemporáneos y sus juicios por encima de la persona y voluntad de Dios. “El que se gloria, gloriése en el Señor” (1 Cor 1.31; véase 1.11-13).

Pero hay un problema aún más fundamental que Jesús corrige en su respuesta a los discípulos de Juan. Jesús dijo que estar con Él significaba tener gozo. A pesar de esto, hay cristianos que han aceptado la invitación a la fiesta de bodas del Señor, pero parece que no están dispuestos a dejar la marcha fúnebre. Parece que son determinados a vivir en aflicción y desesperanza perpetua por sus deficiencias y fracasos. La invitación del Señor a celebrar y regocijarnos en Su misericordia ciertamente no es un llamamiento

a vivir con una indiferencia casual al pecado, pero tampoco es una convocatoria para golpearse el pecho continuamente una vez que nos hayamos arrepentido y buscado su amor compasivo.

No les conviene a los cristianos vivir en la misma presencia del Señor como pueblo vencido y desesperado. Tal comportamiento calumnia su misericordia.

Tampoco conviene que el pueblo de Dios le sirva como “esclavos azotados en la mazmorra,” haciéndole su servicio como un deber oneroso y gravoso. Tal conducta constituye una difamación de su gracia, un libelo que deshonra su amor. Vivir de verdad en la comunión feliz del Hijo de Dios es conocer que su “yugo es fácil” y su “carga es ligera” (Mat 11.30).

Puede que de verdad no sea posible mandar a una emoción, pero sí es posible asegurarnos de mirar con diligencia las grandes verdades acerca de Dios que, al hacerlo, inevitablemente nos llenarán de gozo. Así que Pablo dice a los filipenses, “Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!” Es simplemente incorrecto que los cristianos estén perpetuamente tristes y desconsolados, sean el que sea su pesar. Pablo tiene razón al decir que hay suficiente gozo en Cristo para completamente superar todas nuestras penas. Como dijo nuestro Señor mismo, hay algunas cosas que simplemente no convienen cuando se está viviendo en comunión amorosa con el Rey del universo.

### **Vino nuevo en odres viejos**

Cuando Jesús dijo que el “fuego vine a echar en la tierra” (Lucas 12.49), y “no he venido para traer paz, sino espada” (Mat 10.34), dijo la verdad. No se conformó con los caminos comunes al mundo al cual vino. Ni el pensamiento más revolucionario de su tiempo lo

podía contener. Sus palabras y forma de ser eran transcendentamente diferentes, inquietantes, amenazantes. No podía haber ninguna síntesis tranquila de lo viejo y lo nuevo, sólo una colisión intransigente que inevitablemente llevaría o a la rebelión o la sumisión. Algunos llegarían a amar lo nuevo, otros a odiarlo.

En sus tres analogías en Mateo 9.14-17 (Mar 2.18-22; Lucas 5.33-39), Jesús responde a sus críticos con gentileza, pero ilustra la inevitabilidad del conflicto: ¿Cómo pueden los acompañantes del novio tener luto cuando están de bodas? ¿Cómo se puede poner remiendo de paño nuevo en vestido viejo? ¿Cómo puede el vino nuevo explosivo contenerse en odres viejos inflexibles?

El proverbio de Jesús sobre un remiendo nuevo en un vestido viejo fácilmente podría haber salido de Su propia vida. El que no tenía “dónde recostar su cabeza” no desconocería la ropa remendada. Y todo el mundo sabía que tratar de remendar un vestido raído con paño nuevo resultaría en dos desastres, uno estructural, y el otro estético. El paño nuevo se encogería a la primera lavada y tirar el paño viejo tanto que haría una rasgadura peor que nunca (Mar 2.21); y, por el mismo hecho de ser nuevo, el remiendo nuevo haría que el vestido viejo se viera aún más desteñido y raído (Lucas 9.36). Llegan momentos en que lo viejo es irreparable y simplemente debe dejar lugar para lo nuevo.

Ya no era posible reparar al judaísmo rabínico con sus corrupciones farisaicas. Su actitud estaba tan alejada del espíritu de la ley y los profetas que la única manera de superarlo era salir de él. El mensaje predicado por Juan de arrepentimiento que sale de un corazón contrito y quebrantado, aunque era de Dios y era vital para su tiempo, era preparatorio, no permanente (Hechos 18.25-26; 19.1-5). El camino nuevo de Jesús era un

pañó entero, no una tela de retales. No había venido para injertar Sus verdades nuevas en el tejido religioso viejo de las tradiciones humanas y actitudes impías, ni sentarse parado en uno de los apeaderos del propósito eterno de Dios. El hacer esto así hubiera destruido todo. En Cristo todas las cosas iban a ser hechas nuevas (2 Cor 5.17).

Los líderes judíos incrédulos se negaron de renunciar sus caminos tradicionales para poder recibir la palabra de Dios y crucificaron a Jesús. Los judaizantes de la iglesia primitiva no estaban dispuestos a dejar la ley a favor del evangelio y en su esfuerzo por adaptar el evangelio a la ley lograron romper y destrozarlo todo (Gál 1.6-9; 5.3-4). La misma forma de pensar existe hoy en día. Los caminos viejos e impíos, rehusando morir, nos retan a adaptar el evangelio a ellos o salir. En tales momentos tenemos que correr, no caminar, a la salida más cerca.

El tercero de los tres proverbios que emplea Jesús para responder a sus críticos, simplemente reafirma el mensaje de los primeros dos—que ciertas cosas no se combinan. Los hombres, Él dijo, no echan vino nuevo que todavía está fermentando y expandiéndose en odres viejos y quebradizos porque los odres se partirían y se estropearían y el vino nuevo se derramaría y se echaría a perder (Mat 9.17). El Señor está advirtiéndole que las mentalidades inflexibles les costarán a los hombres la singularidad especial del evangelio. Ya que es impredeciblemente nuevo e inimaginable (1 Cor 2.9) y no se acomoda bien a las costumbres familiares, estamos demasiado dispuestos a tratar de forzarlo por nuestras categorías inmóviles hasta que salga viéndose más como lo que esperábamos y queríamos. No hay mejor forma que ésta para simplemente echar a la tierra el vino nuevo precioso del reino eterno de Dios.



Debemos tener cuidado de un conservadurismo tan mecánico que pensamos que la mejor forma de permanecer fiel en la fe es mantener las cosas así como están. Eso está perfecto si las cosas están así como quiere el Señor; pero si no, necesitamos cerrar la escotilla y prepararnos para un viaje largo a aquellos lugares nuevos a dónde el Señor se propone llevarnos. El vino nuevo del evangelio no tiene el propósito de hacernos cómodos, sino hacernos nuevos.

Algunos han hecho mal uso de la declaración de Jesús sobre el vino nuevo y los odres viejos. Para ellos, los odres viejos muchas veces representan aquellas costumbres que tenían los discípulos del Nuevo Testamento, y el vino nuevo simboliza las ideas modernas que llaman más la atención de los hombres y mujeres de la generación actual. No hay que recordarles que todas las prácticas de los cristianos primitivos que no sean simplemente un reflejo de las condiciones de sus tiempos (el lavar los pies como acto de hospitalidad, un beso por saludo, et. al.) eran el producto de la voluntad radical de Cristo y los principios eternos e inalterables de Su reino. Todos haríamos bien en seguir su ejemplo (Hech 2.42). Porque si así hacemos, por seguro no estaremos estancados, sino ocupados en la experiencia más radicalmente transformadora de la historia humana. Beber del vino del reino de Dios no es un paso de moderación. ¡Obedecer la voz del Hijo de Dios no es ningún acto conservador!

## Corazones expandibles

El vino nuevo del evangelio exige un corazón elástico—una disposición duradera de mirar las cosas de nuevo y de hacer cambios radicales en nuestro pensar y hacer al oír la llamada de Jesús en Su palabra a seguirle en nuevos avances espirituales. Por esta razón la palabra de Cristo debe ser algo nuevo perennemente aún para el cristiano. Claro que siempre será algo nuevo en un sentido amenazador al mundo incrédulo con su tendencia orgullosa a endurecer sus categorías contra la voluntad de Dios. Pero como los fariseos han demostrado ampliamente, no es solamente el mundo irreligioso que resiste la fermentación intimidante del evangelio, pues no hay mente que haya temido al evangelio más profundamente que el tradicionalismo religioso arraigado.

La fe en el Hijo de Dios es dinámica, no estática, y la comunión con Él es una aventura que nunca termina; no porque Él cambie, sino porque nuestra comprensión y aplicación de Su voluntad eterna debe estar siempre creciendo y aumentándose. Sea lo que sea que Dios haya logrado hasta este momento en nuestras vidas, solamente es una preparación para lo que está por hacer. Estamos en medio de una transformación transcendental cuyo objetivo final es la imagen de Cristo mismo (Rom 8.29; Efe 4.13-15). Por lo tanto, nuestros corazones deben ser siempre expandibles, listos para recibir una lección nueva en la santificación y pureza. Solamente hemos comenzado a ser lo que Dios quiere que seamos.

A veces, somos tentados a rogarle al Padre que no haya más cambios, ni más desafíos, ni más problemas. Nada más queremos sentarnos y disfrutar por un rato lo que

hayamos podido hacer sin los dolores de estirarnos por las crisis y dificultades nuevas. El problema es que este anhelo de descansar puede llevar al endurecimiento espiritual que hará que nuestra experiencia con Dios sea sólo una memoria. Se puede observar en los cristianos que no están activos en los desafíos y oportunidades presentes, cuyo único ejercicio espiritual es un revuelto continuo del pasado.

La inmensidad de lo que Dios tiene pensado para nosotros se declara poderosamente en la oración de Pablo para los efesios: “que os dé...el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones...para que seáis llenos de la plenitud de Dios” (3.16-19). No es ninguna maravilla que después de esta petición casi increíble el apóstol encomienda el asunto en las manos de “Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos” (3.20). Solamente Dios podría lograr tal prodigio—que por dos grandes cosas, la fe y el amor, pudiéramos rebosar de las *glorias y poder* de la Divinidad eterna. ¡Cuánto nos ha amado nuestro Padre!

Pero si estamos llenos de tal plenitud, claramente debemos ofrecerle a Dios algo más que corazones rígidos e inflexibles. Los avances en fe y amor de ayer son odres viejos. No bastarán para contener las percepciones nuevas que han de venir. Cada día de vida tiene que enseñarnos nuevas lecciones que nos hacen sentir nuevamente el amor de nuestro Padre. Debemos saludar a cada uno de ellos con un corazón abierto y dispuesto. La grandeza de Cristo no puede echarse en los odres viejos de personalidades formales, presuposiciones fijas, prejuicios empedernidos o ideas predeterminados. Cuando uno se enfrenta a una comprensión más profunda de la voluntad de Cristo, las categorías viejas y

rígidas pueden o resistir y convertirnos en ideólogos religiosos mecánicos, o reventarse de forma desastrosa para que perdamos toda fe. Es una posibilidad que da miedo.

Una vez que el Señor toma residencia en nosotros, un proceso dinámico comienza por el cual todas las cosas son hechas nuevas (2 Cor 5.17). Puesto que es un proceso que tiene que seguir mientras vivamos, debe haber siempre un borde verde en nosotros, una parte que vive y crece. No se trata de cambiar con los tiempos, sino acercarse a lo eterno. El fin de la carrera no se mueve, pero el que corre debe estar siempre extendiéndose, avanzando, corriendo con empeño hacia él (1 Cor 9.24-27; Fil 3.12-14).

En cualquier caso debemos evitar considerar esta gran aventura con Cristo como correr en el mismo sitio, repitiendo los mismos esfuerzos inmaduros e inadecuados de ayer con intensidad cada vez mayor. Hacer así es repetir la necedad casquivana de los fariseos, quiénes, en vez de abrir su mente a una comprensión mayor de Dios, se volvieron más celosos por sus conceptos malformados (Mat 23.23-24). Nunca estamos en más peligro de esta inmovilidad que puede endurecernos que cuando somos convertidos a una iglesia y no a Cristo. Casi sin saberlo podemos llegar a ser leales a los conceptos que nuestros hermanos han creído acerca de las cosas durante cierto período en la historia en vez de retener a Cristo y Su palabra y lo que una nueva comprensión de la voluntad divina pudiera exigir de nosotros. Esta fue la tragedia de la controversia institucional de los años 50 y 60 cuando muchos cristianos, leales al sistema, querían seguir haciendo lo que nunca debían estar haciendo en el primer lugar. La misma mentalidad también puede prevenir que comencemos a hacer lo que debíamos estar haciendo todo el tiempo. Ser verdadero seguidor de Cristo exige un corazón flexible y

expandible. Cristo y Su voluntad no cambian; pero nosotros sí debemos cambiar —  
continuamente.

## Como muchachos en la plaza

¿A qué, pues, compararé los hombres de esta generación, y a qué son semejantes? Semejantes son a los muchachos sentados en la plaza, que dan voces unos a otros y dicen: Os tocamos flauta, y no bailasteis; os endechamos, y no llorasteis (Lucas 7.21-32).

La resurrección del hijo de la viuda en Naín fue uno de los milagros más notables de Jesús, pero el informe de él no había sido suficiente para calmar la perplejidad y duda de Juan el Bautista en la cárcel. ¿Iba a hacer ahora la llamada poderosa por arrepentimiento nacional antes de la llegada inminente del reino de los cielos? ¿Dónde estaba el hacha “puesta a la raíz de los árboles,” el juicio de fuego sobre los malvados, y la exaltación de los justos? Era como un león enjaulado acostumbrado a andar libremente al que le agota el confinamiento extendido. Los milagros de Jesús, por muy maravillosos que fueran, ahora posiblemente le parecían ordinarios considerando las grandes esperanzas que él creó, aún en sí mismo, al pregonar el reino tan potentemente.

Jesús responde con gentileza pero es firme: “Debes reconocer en lo que estoy haciendo—mostrando misericordia a los oprimidos, predicando el evangelio a los mansos—las señales proféticas del reino de Dios (Isa 35.5-6; 61.1ss) y no debes hallar tropiezo en que yo no tome el camino que tú anticipabas” (Lucas 7.18-23). El Señor entonces habla a las multitudes, defendiendo a Juan. No había en él nada delicado ni débil. No era manipulador astuto del sentimiento popular. Su predicación, valiente y firme, muchas veces iba a contra corriente, y él mismo vivía sin comodidad, comprometido con su llamamiento inmensamente importante. Como el pregonero

inmediato del Mesías, era “más que profeta” y su grandeza entre los hombres no tenía igual, pero no iba a poder ver la llegada del reino que había anunciado con tanta valentía. Pero lo que había hecho era determinar quiénes entre el pueblo eran preparados para recibirlo y quiénes no, y en el proceso expuso las pretensiones hipócritas de los fariseos. La ilustración que usó Jesús del vino nuevo y los odres viejos tenía el propósito de contestar la acusación de que Sus discípulos faltaban seriedad espiritual porque, a diferencia de los fariseos y los discípulos de Juan, se daban a comer con gozo en vez de ayunar con sobriedad. Pero, como pronto se hizo evidente, no cambiaba nada para los críticos de Jesús si comía o ayunaba. Era Su mismo carácter y enseñanza que les ofendían y ningún cambio de estilo de vida tenía posibilidad de silenciar sus ataques implacables por todo lo que Él hacía.

La naturaleza insaciable de la oposición de los escribas y fariseos se manifestaba más dramáticamente en su reacción a la predicación de Juan el Bautista. Se supone que aquí tenían al hombre de sus sueños — abstemio, privado, solitario — pero, irónicamente, fueron los publicanos mundanos y abiertamente religiosos que venían felizmente en manadas a su bautismo mientras los fariseos con su piedad famosa rehusaron la llamada de Juan al arrepentimiento (Lucas 7.29-30).

Llegó a ser tan predecible y tan triste. Jesús dijo que ellos le recordaban a los muchachos en la plaza que se niegan de participar en todo juego que proponen sus compañeros. Se niegan a jugar a bodas y se niegan a jugar a funerales. La descripción del Señor de ellos no es una alegoría en que los personajes deben ser identificados, sino una ilustración del tipo de mente que no quiere jugar el juego bajo ninguna circunstancia, sin embargo sigue justificando el rechazo. No tenía nada que ver con la manera en que

Juan predicaba ni en que Jesús vivía; era su mensaje de arrepentimiento humilde que no era aceptable a los fariseos sacrosantos y ellos no iban a tolerarlo, sin importar la forma en que fuera presentado. Hablaban tan confiadamente del juicio justo de Dios, pero cuando vino Juan y lo predicó y les llamó a ellos al arrepentimiento lo rechazaron. Hablaban con anhelo del Mesías, pero cuando Él llegó, en vez de regocijarse, ponían reparos y criticaban. El Bautista, para ellos, tenía fiebre cerebral y siempre daba agriamente lo mismo. Todo lo que conocía era “arrepíentete, arrepíentete, arrepíentete.” Y con Jesús era demasiado gozo y perdón—demasiada fraternización fácil con la chusma (Lucas 7.33-34). Así llenaron la necedad de sus padres, los cuales lastimeramente rogaron a Dios por salvación de Egipto, pero cuando se presentó su salvación no les gustó. Como niños malhumorados, clamaron a Dios, pero cuando vino no lo quisieron recibir.

¿Estamos nosotros, también, jugando con Dios? ¿Decimos que queremos que Él esté en nuestras vidas, pero nos quejamos y protestamos y criticamos cuando alguien nos habla de lo que Él exige? ¿Y justificamos nuestro rechazo de Su voluntad con quejas de cómo se nos dijo o por qué se nos dijo o quién nos la dijo? ¡Los verdaderos hombres y mujeres de Dios pueden aprender la voluntad del Salvador aún de sus peores enemigos! Hay muchos cristianos que todavía juegan como muchachos en la plaza. No van en serio. Invirtiendo la amonestación de Pablo a los corintios (1 Cor 14.20), en el modo de pensar como niños consentidos, pero en la malicia, los celos y las contiendas tienen experiencia larga. Enfrentados con el mensaje penetrante del evangelio, no se lamentarán de sus pecados ni se regocijarán en la bondad maravillosa de Dios. En vez de justificar a Dios, se justificarán a sí mismos, y así se manifestarán como aquellos quejicas molestos y



tercos de la antigüedad que no son hijos de la sabiduría, sino la descendencia malformada de la estupidez consumada (Lucas 7.35).

## **El reino de los cielos: cómo crece**

Las siete parábolas que Jesús enseñó junto al Mar de Galilea hacia el fin de Su segundo año de predicación (Mat 13; Mar 4; Lucas 8) representan la colección más rica de parábolas en los Evangelios. Enhebradas como perlas en un tema común, hablan de la naturaleza singular del reino de los cielos y las maneras especiales en las que crece.

El escenario para la enseñanza de estas fascinantes lecciones fue magnificante. El día que había salido de su hogar en Capernaúm para sentarse junto al Mar de Galilea las inevitables multitudes le apretaban. Con una barca para pescar sirviendo de púlpito y las aguas azules de Galilea como amplificador natural, Él habló a la muchedumbre reunida en la playa. En el espíritu del Sermón del Monte, Jesús intenta ayudar a la gente a entender el carácter especial del reino de Dios; pero ahora, por primera vez, lo hace con parábolas.

¿Alguna vez se ha preguntado usted qué pasa con la predicación y enseñanza del evangelio que se hace en el mundo? Todos los días los cristianos hablan con miles de personas. ¿Por qué tiene tan poco impacto? ¿Ha perdido la palabra de Dios su poder en esta edad “moderna”? ¿Hay algo malo con la forma en la que la enseñamos? ¿Estamos usando los métodos más adecuados para engrandecer el reino?

Son preguntas muy parecidas a éstas que turbaban a Juan el Bautista mientras éste estaba encarcelado, cuando envió a sus discípulos al Señor para preguntarle si realmente era el Mesías o tan solamente otro precursor (Mat 11.1-6). Toda su predicación urgente en el desierto, las multitudes grandes expectantes, el anuncio del reino de Dios que se acercaba — ¿en qué resultaron? Estaba en la prisión de Herodes por su esfuerzo, y Él en

quién reposaba toda su esperanza no hacía más sino enseñar, enseñar, enseñar. ¿Dónde estaba el reino? ¿Dónde estaba el poder? ¿Dónde estaba la gloria?

La respuesta de Jesús fue al grano. No intenta afianzar la fe incierta de Juan con promesas de cosas maravillosas venideras. Él estaba haciendo, según Él, exactamente lo que se tenía que hacer. Tal como Isaías había profetizado hace años acerca de la edad venidera—los enfermos iban a ser sanados (35.5-6) y a los pobres se les iba a predicar buenas nuevas (61.1-2). Luego añade suave, pero firmemente, “Bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí” (Mat 11.6).

Lo que el Señor decía a los discípulos de Juan y a todos los demás que escuchaban es que el reino de los cielos es totalmente distinto a los reinos de este mundo y los instrumentos de su crecimiento y expansión no son mundanos. Las riquezas, la intriga, la gloria y poder político, no tienen lugar en él. Algunos judíos, fallando a la hora de entender esto, se desilusionaron con el paso aparentemente lento y pesado del cielo y determinaron establecer el gobierno de Dios por la fuerza (Mat 11.12). Esta mentalidad sigue viviendo, especialmente en los que no están contentos con lo que los caminos del Señor están logrando; se hacen cargo presuntuosamente del reino, e intentan lograr por astucia humana lo que la gracia y sabiduría del Todopoderoso, según su forma de pensar, no ha podido llevar a cabo. Se puede observar en el circo carnal que se han vuelto muchas iglesias modernas. Estas iglesias tienen su propia agenda para el “éxito” y han tomado instrumentos carnales para alcanzarlo.

No a todos piensa Jesús atraer a Su reino. Este es un hecho difícil de aceptar. Jesús le dio las gracias al Padre que Él había escondido “estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las [reveló] a los niños” (Mat 11.25), y luego llamó a los “niños” a sí

mismo: “Venid a mí todos los estéis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mat 11.28).

Estos fueron los acontecimientos, juntamente con los conflictos que el Señor más tarde iba a tener con Sus críticos entre los escribas y fariseos, que formaron el contexto para la predicación de las parábolas junto al Mar. La primera de ellas, la parábola del *Sembrador*, específicamente se dirige a la pregunta de por qué el reino de los cielos a veces crece tan despacio, por qué sus caminos no son espectaculares en el sentido carnal, y por qué no todo el mundo que oiga la llamada del evangelio responde. Esta ilustración de la semilla y las tierras no solamente sirve de reproche a los que, perdiendo confianza en la sabiduría del cielo, tratan de edificar el reino eterno sobre alguna cosa aparte de la predicación de la palabra de Dios, pero también anima mucho a aquellas almas sinceras cuyo espíritu de evangelismo ha sido puesto mucho a prueba por lo que parece ser el rechazo constante del evangelio. Para ellos la tentación es creer que hay alguna deficiencia en ellos, algún fallo de técnica, alguna falta de habilidad al exponer la palabra. ¡Esta parábola muy especial explica que no es así necesariamente, y exhorta a cada discípulo a que siga predicando a Cristo con confianza y expectación!

## **El reino de los cielos es como un sembrador que siembra la semilla**

“He aquí, el sembrador salió a sembrar...” (Mat 13.3).<sup>1</sup> Fue una manera rara para el Señor de comenzar su discurso sobre las maravillas del reino de los cielos. ¿Podría ser algo más pesado y ordinario que un sembrador y su semilla? ¿Cómo podría expresar algo tan falto de imaginación las glorias del gobierno del cielo? Su metáfora era tan calmada. La venida del reinado del Mesías seguramente sería explosiva, arrolladora, cataclísmica. No, dijo Jesús, será más como un sembrador que siembra su campo, y mucho de su semilla se echa a perder. Todo depende de la tierra.

Lo más probable es que había sido a principios de la primavera del año cuando Jesús se sentó en la proa de la barca de pesca a la orilla occidental del Mar de Galilea y enseñó esta parábola extraordinaria. Dentro de poco iba a estar en la orilla oriental alimentando a una multitud de personas con unos cuantos panes y peces (Mat 14.13-21), y la fiesta del Pascua “estaba cerca” (Juan 6.14). Los campos alrededor de Genesaret se habrían sembrado hace tan sólo un par de meses (enero, febrero). El olor de ellos habría estado en el aire y no habría ni un solo hombre entre las multitudes que escuchaban que no conociera el peso de una bolsa de semilla y la sensación de tierra recién arada. Era una tierra de granjeros y campesinos, un lugar para las cosas que crecen, y la parábola de la *Semilla y las tierras* no podía hallar a un público que conociera el tema más.

---

<sup>1</sup> De la primera serie de parábolas de Jesús hay tres recuentos—Mateo 13, Marcos 4, Lucas 8. El Señor dirige cuatro de estas, probablemente cinco, a la multitud (Mat 13.34): el Sembrador, la Cizaña, la Semilla de mostaza, la Levadura, y la que solamente Marcos registra, la Semilla que crece desapercibida (Mar 4.26-29). El resto se les refiere a los discípulos solamente (Mat 13.36-53).

La luz a principios de primavera habría reflejado la juventud del maestro, y quizás su apariencia ordinaria. En Sus ojos, a pesar de las multitudes entusiásticas que le apretaba, había a lo mejor un toque de tristeza. Ellos entendían tan poco ahora, y la mayoría nunca iba a entender el evangelio de Su reino. Pero algunos iban a ver. Siempre iba a haber los que veían. Y ése fue el mensaje de Su historia.

A aquellos con menos discernimiento, el pueblo que aquel día se agrupaba para oír habría tenido la apariencia de ser de un mismo sentir. Si tuviéramos la oportunidad de estar con ellos y mirar con más cuidado, descubriríamos las diferencias. Algunos sin duda escuchaban con mucha atención, esforzándose sinceramente para captar cada palabra. A otros observaríamos asentir con entusiasmo, pero sin comprensión, dejándose llevar por el momento y la muchedumbre. Otros más estarían escuchando distraídamente, oyendo y aprobando, pero prestando atención solamente a medias. Y los escribas y fariseos — estarían ellos escuchando, también — no para oír, por supuesto, sino para buscar defectos y usarlos para criticar a Jesús.

¿Conocía Jesús los pensamientos tras aquellos rostros? ¿Sabía de los prejuicios, las excusas y justificaciones, las ideas predeterminadas que colaban y filtraban cada palabra que Él decía? ¿Ve Él las rejillas protectoras con las que escudamos nuestros propios corazones de Su verdad? Sí — y Él nos advierte a nosotros así como les advirtió a ellos, “El que tiene oídos, que oiga” (Mat 13.9).

**“... y al sembrar, parte de la semilla cayó junto al camino, y vinieron las aves y se la comieron...”** (13.4). En cuando a la disposición de esta semilla que cayó junto al camino, Lucas añade, “y fue pisoteada” (8.5).

Los campos de Palestina eran pequeños e irregulares, con bordes de caminos estrechos hechos concreto por el bombardeo interminable de pies. Y a menudo, mientras el sembrador esparcía su semilla por la tierra recién arada, tirándola en arcos anchos y regulares, algunas caían y danzaban sobre la superficie dura y firme del “camino” en dónde toda su potencial rica a fin de cuentas se convertía en comida para los pájaros.

La tierra impenetrable en la historia de Jesús representa a los oyentes cuyos corazones se han endurecido con rebeldía y orgullo, corazones que se han prestado por carretera para mil pasiones estruendosas, corazones que en su transigencia deliberada con la maldad no pueden soportar el dolor de la honestidad. Pensamos de inmediato en los fariseos, y con seguridad se incluyen en el cuadro. Sus prejuicios arrogantes y egoístas acerca del reino de Dios, sus sueños de esplendor y poder carnales, imposibilitaban que ellos aceptaran a Jesús como Mesías u oír Sus palabras como las de Dios. Muchos hoy en día siguen su fila, tan llenos de una caricatura del siglo 20 de Jesús que no pueden ver al Cristo verdadero ni oír Sus palabras verdaderas.

¿Pero desde dónde surge esta resistencia de acero al evangelio del reino de Dios? ¿Qué causa que la gente, hasta gente religiosa, se endurezca tanto contra su invitación misericordiosa? Esta rigidez como piedra comienza a formarse la primera vez que aprendamos a vivir cómodamente con lo que sabemos que está mal. El oír cada verdad nueva depende del practicar cada verdad que ya sabemos. Como observó una vez John Ruskin, cada deber que omitimos ocultará otra verdad que podríamos haber conocido. Por lo tanto, por nuestra aversión de oír otra vez la verdad familiar que no hemos aplicado, cerramos los ojos y oídos contra la verdad que todavía necesitamos desesperadamente saber.

## “La semilla es la palabra de Dios”

La multitud curiosa que oyó la parábola del *Sembrador* no la entendió. Pero, ¿qué esperábamos? Tampoco la entendieron los discípulos del Señor. “Y les dijo: ¿No sabéis esta parábola? ¿Cómo, pues, entenderéis todas las parábolas?” (Mar 4.13).

Parece que Jesús comenzó con la historia del *Sembrador* porque se trató de un concepto tan fundamental al reino de los cielos que fallar a la hora de entenderlo significa no entender ninguno. Lo que salvó a los discípulos fue que aunque en realidad no captaron el punto, querían captarlo, y se quedaron para preguntar más sobre el significado y para escuchar la explicación paciente de Jesús.

La parábola del *Sembrador* contiene tres elementos: el sembrador, la semilla y las tierras. El sembrador y la semilla son constantes. El sembrador es hábil y esparce la semilla uniformemente. La semilla en todas partes es buena. Pero es la naturaleza de la tierra que determina el éxito de tanto la labor hábil del sembrador como el poder de germinar de la semilla, y en esto se enfoca la parábola.

¿Quién es el sembrador? Jesús no dice. En la parábola del *Trigo y la Cizaña*, Jesús dice que el sembrador de la semilla buena es “el Hijo del Hombre” (Mat 13.37), pero la cuestión de esa parábola son los orígenes distintos de las dos clases de semilla. Aquí la identidad del sembrador no es tan esencial. La persona que representa es básicamente una función del propósito de la parábola. Si su intención es ilustrar las diferentes reacciones de los oyentes a la predicación personal de Jesús y forzarles a examinarse a sí mismos seriamente, entonces casi por seguro el Señor es el sembrador. La aplicación de Jesús de las palabras de Isaías a Sus oyentes, “Porque el corazón de este



pueblo se ha engrosado, y con los oídos oyen pesadamente, y han cerrado sus ojos” (13.14-15) parece apuntarnos en esa dirección.

Sin embargo, si, al contrario, el propósito de esta parábola también era fortalecer los corazones inseguros de Sus discípulos, que anticipaban que el reino ganara a toda alma que alcanzara, entonces ciertamente ellos y los que habían de sembrar el mundo con el evangelio después de ellos serían parte de este granjero compuesto.

El significado de la semilla se nos delinea claramente. “Esta es, pues, la parábola: La semilla es la palabra de Dios” (Lucas 8.11). Aunque no es el mensaje principal de esta parábola, hay que hacer hincapié en el hecho de que la palabra de Dios es el poder que edifica el reino de Dios.

No hay aquí nada de magia, ninguna energía mística ni esotérica. Hasta las palabras de los hombres tienen poder. Comunican los sentimientos y las ideas, crean culturas enteras, llaman a los hombres a la paz o a la guerra, cambian el curso de la historia y producen gran mal o gran bien. ¿Por qué nos sorprendería, pues, que la palabra de Dios tuviera poder inimaginable?

La palabra de Dios creó y sostiene los mundos (Heb 11.3; 1.3), y el aliento divino que está en Sus palabras (Sal 33.6) es el aliento que nos ha dado vida (Gén 2.7). La palabra del Todopoderoso corresponde y responde a nuestros espíritus así como la luz responde a nuestros ojos. Su verdad viva y poderosa penetra nuestros corazones y expone nuestros pensamientos más íntimos (Heb 4.12). Es la palabra del evangelio que nos salva (Rom 1.18; 1 Cor 1.21), y la “palabra de su gracia” que nos sobreedifica y asegura nuestra herencia con el pueblo de Dios (Hechos 20.23).

Esta parábola nos dice en lenguaje claro que la palabra de Dios en sí es la semilla que germina para la vida (Fil 2.16), no la palabra más alguna actividad misteriosa del Espíritu Santo. Es por esta misma Palabra viva y energética que el Espíritu Santo no solamente nos lleva al renacimiento espiritual (Ef 1.13; 1 Ped 1.23-25), sino también nos transforma a la imagen del Hijo de Dios. Y todo esto es posible porque en Sus palabras Dios nos ha abierto Su corazón a nosotros y ha derramado las profundidades de Su verdad y gracia (1 Cor 2.10-13). En el evangelio, Él nos ha hecho mirar el rostro de nuestro Salvador crucificado (2 Cor 3.18). ¡Y eso tiene poder!

Por lo tanto, es un sacrilegio que los hombres y mujeres hablen del evangelio como “mera palabra” y que se rían de la idea de que el evangelio solo sea capaz de producir una vida espiritual nueva e invencible. No es sabio hablar a la ligera de las palabras que salen de la boca de Dios, ni insultar al cielo tratando de fortificar esta palabra “inadecuada” con nuestras propias filosofías vanas (Col 2.8-10; Pro 30.5-6). Hasta Satanás sabe dónde está el poder. “Y los de junto al camino son los que oyen, y luego viene el diablo y *quita de su corazón la palabra, para que no crean y se salven*” (Lucas 8.12).

¿Pero no hace Dios más que simplemente hablarnos? Sí, Él ciertamente es activo para contestar nuestras oraciones (1 Juan 5.14-15), y guiarnos providencialmente por medio de las pruebas purificadoras y las tribulaciones que fortalecen y purifican nuestra fe (Rom 8.28). Pero, a fin de cuentas, es Su palabra que tiene el poder, y es a Su palabra que su actividad providencial nos ha de llevar, en obediencia que sale de la comprensión. Es por medio de esa palabra que llegamos a conocer a Dios y a Su Hijo. Y esa es vida eterna (Juan 17.3). La semilla del reino es la palabra de Dios.

## **Calculando los gastos**

La parábola del *Sembrador* es una declaración de la naturaleza interior del reino de los cielos. Es, como dijo Jesús en un momento, un reino “entre vosotros” (Lucas 17.20-21). La revolución es de verdad, pero no viene “con señales visibles” (LBLA). El reinado de Dios entra solamente por el corazón. Crece por semilla y no por espada y llega solamente a aquellos que lo acepten humilde y alegremente. Por lo tanto, son críticos para su venida a cualquier corazón humano los nuevos entendimientos y nuevas resoluciones interiores.

En esto está el misterio de los caminos de Dios con los hombres. No estamos al tanto de por qué Él consideraba que el gozo de tener un pueblo para Su posesión, que lo ame y que anhele ser como Él, valió el riesgo de las posibilidades terribles del pecado y maldad que abrió. En esto, como en todas las demás cosas, no nos toca sentarnos en juicio de Dios. Pero Él ciertamente se limitó a sí mismo al crearnos, porque Él no puede obligar a ni una sola alma a hacer Su voluntad. Como cualquier granjero, Él planta la semilla y espera pacientemente el fruto de Su labor; y por muy grande e increíblemente larga que sea su inversión, sigue como rehén de los caprichos del corazón humano, la tierra en la que ha tirado Su palabra eterna con amor. Y de esa tierra a fin de cuentas depende el éxito o el fracaso de todos Sus esfuerzos.

### **El corazón duro**

Los corazones duros de la tierra junto al camino no producen nada en absoluto. Estos oyentes viven en un mundo totalmente distinto; no hablan la misma lengua con el Hijo de

Dios. ¿Por qué vendrían tales personas a oír a Jesús? ¿Curiosidad? ¿Novedad? ¿Moda? Quizás cualquiera de éstas, o ninguna. Pero no estaban dispuestos a escucharle de verdad. Sea por arrogancia engreída, o una necesidad orgullosa de saberlo todo ya, o miedo a la exposición de alguna nueva verdad incómoda acerca de su carácter, estaban cerradas sus mentes contra el Señor y Su evangelio.

¿Qué hay que hacer con ellos? Nada. No hay esperanza para ellos en su dureza decidida. Sólo si Dios roturara un surco profundo de tragedia aguda en sus vidas posiblemente se le diera alguna oportunidad a la semilla viva. Y si así sucediera, sería un dolor bendito.

### **El corazón superficial**

**“Parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra; y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra; pero salido el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó”** (Mat 13.5-6). Esta no era tierra mezclada con numeras piedritas, sino tierra que yacía a dos o tres pulgadas de profundidad sobre una plataforma de piedra sumergida. No había lugar para que la planta extendiera sus raíces para abajo, así que crecía para arriba profusamente, espléndidamente. Pero el calor del sol reveló su deficiencia oculta. Florecía durante los tiempos calmados, pero se moría en los tiempos difíciles, no pudiendo aguantar el mismo sol que con raíces más profundas le habría hecho aún más fuerte. Esta tierra, explicó Jesús, era como “el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo; pero no tiene raíz en sí, sino que es de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza” (Mat 13.20-21).

El corazón superficial de los pedregales no es como el corazón duro de la tierra junto al camino, recubierto de hierro, que rechaza al evangelio con desprecio indiferente, sino que estos oyentes entusiasmados faltan gravemente la previsión cuidadosa. Con emociones excitables e impulsivas, reaccionan según las circunstancias inmediatas (la muchedumbre emocionante, etc.) más que según una comprensión de lo que se está enseñando. Hacen caso omiso a las exigencias y los desafíos futuros. No contemplan ningún pensamiento del largo plazo. El evangelio no ha penetrado profundamente en su entendimiento y voluntad. Así que, cuando cambian las circunstancias, cuando llegan los días difíciles de persecución y adversidad, no hay raíz profunda de fe para sostenerlos. No habían pensado seriamente en el reino y su valor supremo y eterno. Convertirse en discípulo nada más les parecía bien en el momento.

“Al momento...con gozo...” El corazón superficial es apasionado, pero precipitado. El evangelio siempre debe traer gozo, pero necesita un gozo profundo que aguanta los choques. Tiene que ser la clase de gozo que ni el tiempo ni la circunstancia nos pueda quitar (Juan 16.22-24). Tiene que ser gozo por la cosa correcta (Lucas 10.17), y tiene que ser un gozo que considera la persecución y el sufrimiento por amor a Cristo como privilegio y bendición (Lucas 6.22-23). Debemos seguir las pisadas de nuestro Señor, “el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio” (Heb 12.2). Llegando a ser cristiano por seguro es una experiencia emocional, pero también es una experiencia de la mente y la voluntad.

Por esta misma razón el que viene muy apresuradamente a seguir a Jesús debe detenerse y pensar acerca de lo que eso significa. Es por amor a nosotros que Jesús muchas veces calma nuestro entusiasmo descuidado advirtiéndonos a parar un momento

y calcular los gastos (Lucas 9.57-58). Él quiere que vayamos todo el camino con Él y no descarrilar por alguna tribulación inesperada por un reino que no hemos llegado a valorar lo suficiente. Mi juicio es que nada necesita enseñarse más al candidato normal para el evangelio, sea religioso o irreligioso, que el costo del discipulado. Los que vienen al reino y sobreviven deben estar profundamente comprometidos con Jesús.

## El corazón abarrotado

**“Y parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron, y la ahogaron...”** (Mat 13.7).

Esta parte de la historia de Jesús no se refiere a la semilla tirada en una infestación ya visible de malas hierbas, sino en tierra adulterada con las semillas de plantas inútiles y molestas. La tierra es rica, profunda y receptiva, pero está corrupta. Los espinos, que no producirán nada bueno, simplemente crecerán para agobiar la tierra y debilitar a la buena semilla hasta que ella, también, sea infructuosa. De esta tierra poseída por los espinos Jesús afirma: **“El que fue sembrado entre espinos, éste es el que oye la palabra, pero el afán de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa”** (Mat 13.22). A la lista de impedimentos a la fertilidad, Marcos agrega “las codicias de otras cosas” (4.19) y Lucas, “los placeres de la vida” (8.14).

Algunos comentaristas, especialmente los de inclinaciones calvinistas, descartan este caso como el de un corazón no convertido — uno que nunca recibió la palabra del reino con todo su espíritu. Esto no parece probable. En los que no se convierten, no se produce vida; la semilla se pudre en la tierra. Aquí no hay solamente vida, sino crecimiento. El fracaso viene por lo que sigue después — se levantan las distracciones terrenales que dividen al corazón y disipan la energía del alma.

El objetivo entero de plantar la semilla no es el crecimiento de la planta, por frondosa que sea, sino la producción de fruto. El hijo del reino de los cielos no solamente ha de verse bien, sino hacer el bien y ser bueno. El problema del corazón de la tierra espinosa es que se ha vuelto muy abarrotada de preocupaciones rivales, y la semilla de Dios no puede prosperar en un corazón dividido.

¿Cuáles son los espinos que de pronto pueden mermar la vitalidad espiritual de un hijo de Dios? Jesús habla explícitamente. El afán de este siglo es capaz de hacerlo. La preocupación constante con la comida y el abrigo y el miedo de no tener lo suficiente no solamente calumnia la fidelidad de Dios, sino permite que la ansiedad sin sentido le robe a Dios las energías que le debemos a Él (Mat 6.25-34). Los cristianos que gastan sus poderes en temores y ansiedades nunca florecerán ni tendrán fruto. ¿Por qué nos hacemos ilusiones? La ansiedad no solamente es desperdicio; es pecado. Declara implícitamente que Dios no nos ayudará y que debemos andar perdidos, sin Él.

El amor a las cosas también puede efectivamente ahogar al espíritu. El dinero y la propiedad pueden parecer tan tangibles, tan reales, y por eso asegurado; pero las riquezas engañan. Prometen satisfacción y nunca la dan (Ecl 5.9-10). Prometen seguridad, pero vuelan como ave salvaje (Pro 23.5). Tenemos que tratar las cosas materiales de forma práctica y no emocional. Todos sabemos intelectualmente que no duran. Son tan efímeras como una bola de nieve en el verano. ¿Por qué ha de ser tan insensato un hombre como para edificar su vida sobre la arena? Sin embargo muchos cristianos quieren silbar y comer pinole. Sólo terminan como zombis espirituales que arrastran su vacío a las asambleas de la iglesia y miran mientras sus hijos crecen para la mundanalidad abierta sin el fraude piadoso de sus padres. Tales discípulos son plantas decorativas. No esperes que algo duradero salga de ellos.

Por último, los “placeres de la vida” pueden exprimir hasta secarnos. “¿Qué hay de malo con los placeres?” preguntará alguien. “¿Tiene que ser la vida del reino un dolor de cabeza permanente de miseria y abnegación?” La respuesta a la primera es “nada,” y a la segunda “no.” No hay nada de malo con trabajar diligentemente para nuestro



alimento, ni tener riquezas, ni disfrutar de todas las cosas agradables que Dios nos ha dado en abundancia (1 Tim 6:7). Pero cualquiera o todas estas cosas les son malas a aquellos que han sido “ahogados” por ellas, cuando hayan llegado a ser la pasión de sus vidas. La palabra griega traducida “ahogados” en Lucas 8.14 es más tarde en el mismo capítulo interpretada como “oprimía” (8.42). Algunos permiten que estas cosas legítimas de por sí lleguen a dominarles tanto que son poseídos y gobernados por ellas. Las preocupaciones o bendiciones legítimas en ese momento se convierten en miedo, avaricia y codicia. Dios y Su reino son empujados al precipicio. La voz de Dios se pone baja en el clamor. Las bendiciones de nuestro Padre deben ocasionar la gratitud y el servicio de Sus hijos, pero fácilmente llegan a ser el motivo de nuestra desafección e inutilidad.

Los que eligen el corazón dividido, el corazón abarrotado, según Jesús “no llevan fruto” (Lucas 8.14); literalmente, no llevarán nada a cabo, nunca terminarán el trabajo.

No debemos tener ilusiones acerca de la actitud de Jesús hacia los que comienzan pero nunca terminan. “Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios” (Lucas 9.62). No tenemos que preguntarnos acerca de cómo Él se siente sobre los de doble ánimo. “Ninguno puede servir a dos señores...No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mat 6.24). Y por cierto no tenemos por qué dudar su perspectiva sobre los infructuosos. “Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará...” (Juan 15.2). Hay un futuro en el reino de Dios para la persona resuelta, por muchos tropezones que dé—pero para el corazón dividido, el corazón abarrotado, no hay esperanza. “Vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones” (Sant 4.8).

## El corazón fiel

Pero parte cayó en buena tierra, y dio fruto, cuál a ciento, cuál a sesenta, y cuál a treinta por uno. El que tiene oídos para oír, oiga. Mas el que fue sembrado en buena tierra, éste es el que oye y entiende la palabra, y da fruto; y produce a ciento, a sesenta, y a treinta por uno.

En el corazón tipificado por la buena tierra en la parábola del *Sembrador* se captura y se envuelve el espíritu y carácter del reino de los cielos. Aquí tiene su foco la parábola. Las otras tierras — resistentes, inadecuadas e infructuosas — nos explican cómo fracasar; la buena tierra nos instruye cómo tener éxito.

Lucas informa que Jesús identificó la semilla sembrada en la buena tierra como aquellos que reciben “la palabra” con “corazón bueno y recto” (8.15). Esta descripción no tiene nada que ver con la justicia esencial, ni tampoco con la “persona buena,” sino con aquella actitud que el peor pecador puede tener al enfrentarse con el evangelio. Este ese el corazón, por muy malvado que haya sido, que ahora es sincero, abierto y libre de toda hipocresía. Como dijo el Señor, la llamada de Su reino no es a los justos sino a los pecadores (Lucas 5.32). Y los pecadores pueden, si así deciden, responder rectamente.

Esta explicación no satisfecerá al calvinista, cuya convicción errónea que los hombres son totalmente depravados e incapaces del bien imposibilita que acepte esta declaración sencilla de Jesús. Las premisas falsas llevan a las conclusiones falsas. Hasta los hombres y mujeres malvados pueden decidir tener corazones fieles. La diferencia es que no continuarán siendo malvados. Como conminó Jesús a la élite religiosa en Jerusalén, “los publicanos y las ramera van delante de vosotros al reino de Dios” (Mat

21.31). Las vidas de los publicanos y las prostitutas eran innegable y abiertamente malas, pero muchos de ellos se examinaron y recibieron el evangelio honradamente. Los escribas y los fariseos en su hipocresía no eran honrados ni consigo mismos ni con la palabra de Dios. El evangelio del reino es un espejo (Sant 1.25) y un sondeo (Heb 4.12) que expone las actitudes y los motivos de nuestros corazones. “El que es de Dios, las palabras de Dios oye,” dijo Jesús (Juan 8.47) y, “Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz” (Juan 18.37).

¿En qué maneras es bueno el “corazón bueno y recto”? En Mateo, el Señor dice que “oye y entiende la palabra” (13.23). Marcos recuenta que “oyen la palabra y la reciben” (4.20). El corazón fiel entonces no solamente oye la palabra del reino, sino, al contrario del corazón duro (la tierra junto al camino), la entiende y la recibe. Todo esto hace claro que el entenderle a Dios no es tanto un ejercicio intelectual como uno moral. No es un intelecto muy grande que mantiene a los hombres lejos del reino, sino un corazón muy pequeño e indispuerto.

Pero hay más. Lucas agrega al recuento que los corazones fieles “retienen la palabra oída, y dan fruto con perseverancia” (8.15). Hay en el buen corazón, por contraste con el corazón superficial (los pedregales), una dimensión de profundidad y tenacidad. En esta mente existe una comprensión genuina del valor del reino y una disposición a sufrir e invertir pacientemente para poder poseerlo. Tal corazón llega a conocer “la anchura, la longitud, la profundidad y la altura” del amor y ser “[lleno] de toda la plenitud de Dios” (Efe 3.18-19).

Por fin, los corazones “buenos y rectos” no como los corazones abarrotados (los espinos), producen fruto que se da para la cosecha — es decir, cumplen el propósito de

Dios en sus vidas. Lo que abarca el “fruto” ha sido el tema de mucho debate. Lucas dice que tales corazones llevarán fruto “a ciento por uno” (8.8), o simplemente “dan fruto” (8.15).

Ya que es el propósito de Dios que Sus hijos sean “hechos conformes a la imagen de su Hijo” (Rom 8.29), el fruto que ha de llevarse debe, por lo menos, referirse al fruto de una vida transformada—el fruto del arrepentimiento (Mat 3.8), el “fruto del Espíritu” (Gál 5.22-23), el “fruto apacible de justicia” (Heb 12.11), “el fruto de labios que confiesan su nombre” (Heb 13.15). Haciendo un comentario sobre otro versículo en que Jesús habla de la fecundidad de Sus discípulos (Juan 15.2), Hendriksen dice, “Estos frutos son buenos motivos, deseos, actitudes, disposiciones, palabras, hechos, todos brotando de la fe, en armonía con la ley de Dios, y hechos para Su gloria” (*El evangelio de Juan*, p. 298). Así que no nos sorprende oírle a Pablo referirse a la forma en que este corazón lleno de fruto abunda hacia los demás, “llevando fruto en toda buena obra” (Col 1.10), en misericordia y compasión hacia los necesitados (Rom 15.28) y en comunión con los que predicán el evangelio (Fil 4.17).

## Los corazones pueden cambiar

Como ha observado Buttrick, “A ninguna parábola se le puede forzar todos los detalles a una conclusión rigurosa. Hay cierto punto en que la analogía termina.” La tierra de la naturaleza no es completamente paralela a la “tierra” del corazón. La tierra natural no tiene la capacidad de alterar su condición, pero el corazón puede cambiar. Felizmente, los corazones duros, superficiales y abarrotados pueden convertirse en buenos y rectos (Hech 8.22-23; Sant 4:8). E por desgracia, los corazones buenos y rectos pueden ponerse duros, superficiales o divididos (Heb 3.12-13). Tenemos que pensar sobriamente en la segunda posibilidad. En la primera podemos tomar gran consolación, tanto como oyentes como maestros del evangelio. El evangelio del reino consiste en una llamada a los corazones a cambiar (Hech 3:19). Lo que hemos sido no determina lo que podemos ser. Los pecadores necesitan recibir la gracia de Dios con seguridad, y los cristianos necesitan predicarla con esperanza. Los corazones que rechazan el evangelio hoy no son necesariamente causas perdidas. La palabra de Dios no germina en algunos corazones tan rápidamente como en otros. Necesitamos, por lo tanto, aprender a regar lo que hemos plantado con paciencia y amor y no ser como aquella niña que seguía excavando la semilla en el jardín para ver si algo estaba pasando.

El corazón de la mujer que Jesús conoció en Sicar de Samaria representa un paradigma casi completo de todos los corazones de la parábola del *Sembrador*. Al principio, ella era dura y desconfiada, “porque judíos y samaritanos no se tratan entre sí” (Juan 4.9). Tenía muy poco sentido de su propio vacío espiritual. Pero ya que había venido a buscar agua, su corazón abrió un poco cuando Jesús habló del agua viva que

podría satisfacer su sed para siempre. “Señor, dame esa agua,” dijo ella, “para que no tenga yo sed, ni venga aquí a sacarla” (Juan 4.15). El Señor entonces trabajó un surco profundo por su corazón pidiéndole que vaya a llamar a su marido, así recordándole de la maldad de su vida — cinco maridos y ahora solamente vivía con un hombre. Le choca, pero su corazón está abarrotado. En vez de enfrentar su necesidad espiritual directamente, quiso tener un debate teológico sobre en dónde los hombres deben adorar, en Jerusalén o el monte Gerizim. Antes de que Jesús terminó de enseñarle lo que quiere decir la verdadera adoración a Dios, estaba profundamente enganchada. “Sé que ha de venir el Mesías,” dijo ella, y que “nos declarará todas las cosas” (Juan 4.25). “Yo soy, el que habla contigo,” respondió Él; y la semilla penetró profunda y seguramente en el corazón que ahora se había vuelto absolutamente bueno. “Y muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por la palabra de la mujer, que daba testimonio diciendo: Me dijo todo lo que he hecho.” Ella había escuchado las cosas dolorosas que Él le había dicho acerca de ella, y había escuchado bien. Ella había entendido lo que era un adorador verdadero de Dios y que le sería posible hasta a ella llegar a serlo. La cambió por completo, y, así como debe de ser, la impulsó a ir y decirle a todo el mundo que estuviera dispuesto a escuchar cómo sucedió y por qué. De todo corazón verdadero sale mucho fruto, ¡y qué fruto llevó esta mujer, antes endurecida y pecadora, ahora sincera!

¿Pero qué es el significado de las cosechas diferentes de la tierra buena mencionadas en Mateo y Marcos, “**a ciento, a sesenta, y a treinta por uno**” (Mat 13.23)? ¿Sugiere esto grados diferentes de fidelidad o consagración? Esto parece muy improbable. El corazón de la tierra buena es totalmente entregado, por contraste con el corazón superficial de los pedregales y el corazón abarrotado de los espinos. Si hay una

lección que enseña esta parábola, es que nada menos que el compromiso completo es aceptable. Lo que es más probable es que esto es paralelo a la parábola de los *Talentos* (Lucas 19.16-19). Recibimos responsabilidad en el reino según nuestra habilidad. El fruto que se lleva puede variar, pero la consagración del corazón no. Por seguro el Señor nos juzgará conforme a nuestras oportunidades y capacidades, pero un corazón puro y entregado es la cosa que no es negociable.

Y entonces, a fin de cuentas, la pregunta más obvia para los que miran seriamente las parábolas. ¿Qué he aprendido acerca de mí mismo? ¿Cuál de las tierras describe mi actitud hacia el Señor y Su palabra? ¿Es inestable mi compromiso para con Cristo, lleno de capricho y emoción? ¿Lucha por sobrevivir con los innumerables intereses rivales de una vida abarrotada? Y si la respuesta me inquieta, ¿qué decisión he tomado para cambiar?

## **Malezas en el trigo:**

### ***La parábola de la Cizaña***

Las parábolas que Jesús enseñó junto al Mar de Galilea (Mat 13, Lucas 8, y Mar 4) tenían el propósito de definir el reino de Dios, así como lo tuvo el Sermón del Monte. Sin embargo Sus historias y comparaciones tuvieron el efecto contrario en aquellos cuyos corazones que habían sido embrutecidos por la religión mundana de los escribas y fariseos. En la oscuridad de su entendimiento, el reino de los cielos se hizo aún más misterioso (Mat 13.11-15). La razón es, como observó Robert F. Capon, que las parábolas de Jesús presentaban similitudes del gobierno del cielo que hacían pedazos a las expectativas religiosas de la gente. Los “malos” son recompensados. Los “buenos” son reprendidos. Y “en general, la idea que todo el mundo tenía de quiénes debían estar primeros o últimos es empapada liberalmente en agua fría” (*Las Parábolas del Reino*, p. 15).

Pero no hay mayor misterio en las parábolas del reino que la ausencia casi completa de énfasis en el puro poder divino – absoluto e inmediato – de la clase que parecería ser inseparable de la misma idea del gobierno de Dios. Todavía es la creencia general la que si Dios, que no solamente es completamente justo sino también poderoso, estableciera un reino, solamente podría existir en dónde toda impiedad fuera destruida. Si su reino es el reinado de justicia absoluta, ¿cómo se puede decir en cualquier sentido que ese reino existiera en dónde la injusticia no solamente parece estar presente, sino también prevalecer? Esta pregunta realmente es sólo una extensión de un problema más



fundamental que ha dejado a los hombre perplejos durante siglos — ¿cómo puede haber maldad en un mundo gobernado por un Dios bueno? Para algunos es sencillo. Si Dios quiere establecer su reino, ¿por qué hay que demorar? Tiene el poder. ¿Por qué no simplemente pega unas palizas, echara los granujas y hacer todo bello?

Y luego hay una segunda pregunta parecida que muchos, entre quienes está Trench, creen ser el tema tratado en esta parábola. ¿Cómo puede el reino de los cielos ser de verdad si existe dentro de él toda clase de farsa e hipocresía?

Aunque existe controversia considerable en cuanto a cuál de las preguntas dadas arriba Jesús se dirige en su parábola de la *Cizaña*, realmente hay poca duda que trata una de ellas. Encontrada solamente en Mateo (13.24-30, 36-43), la historia de la cizaña sembrada en el campo le sigue inmediatamente a la parábola del *Sembrador*. En la parábola del *Sembrador*, Jesús ya ha dado a entender que la justicia (la tierra buena) tendrá que crecer en un mundo en el que muchos rechazan el reino de Dios (la tierra junto al camino) y otros lo reciben en una manera superficial o infructuosa (los pedregales y los espinos). En la historia de la *Cizaña*, parece volver a tomar el tema que dejó en el *Sembrador* y explicitar lo que más temprano solamente sugirió. El reino de los cielos de verdad está destinado a crecer y hacer su camino en medio de un mundo en el que la maldad no solamente vive y está activa, sino seguirá así hasta el fin del mundo. Como poco, esto viene de sorpresa, y para muchos, un choque increíble. Es totalmente contrario a la idea del reino de los cielos que tiene la mayoría. Para tales, el reino de los cielos no ha venido hasta que toda impiedad sea aniquilada, toda maldad sea quitada, y paz y seguridad eterna sean establecidas. El reino ha de venir por la paradoja de lo que

Lutero llamó “el poder zurdo” de Dios—dar para recibir, perder para ganar y morir para vivir.

Les refirió otra parábola, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. Y cuando salió la hierba y dio fruto, entonces apareció también la cizaña. (Mat. 13.24-26)

Nuestra reacción inmediata a esta parábola podría ser, “¿Qué clase de labrador es esta— que no tiene cuidado de mantener su campo libre de malezas, durmiendo cuando tenía que estar alerta?” Pero el labrador de esta parábola no es hombre negligente que no se haya esforzado por mantener su tierra libre de malezas, ni que haya dormido todo el día cuando debía hacer más caso. Su cosecha de trigo es robusta. Ha dormido sólo como duermen los hombres trabajadores – de noche. El problema es que *tiene un enemigo* que hará todo lo posible por destruir lo que no tuvo ni parte ni interés en plantar en primer lugar. Las malezas no se descubrieron temprano porque *no se esperaban* y las malezas sembradas son tan parecidas al trigo en la brizna que su disfraz no se descubrió hasta que comenzaron a echar fruto. La cizaña (griego *zizanion*, *Lolium temulentum*), era una hierba anual que se veía mucho como el trigo hasta que se maduraba. Arndt y Gingrich la definen como “cizaña, tramposa, una maleza problemática en los campos de grano, que se parece al trigo” (p. 340). Thayer dice que es “una especie de cizaña, trigo ilegítimo, y que se parece al trigo menos que sus granos son negros” (p. 272).

Así que, ¿por qué no se quitaron estas malezas fastidiosas de inmediato? No porque no afectaban la tierra, no eran una carga a la tierra y no competían con el trigo

para la nutrición, y no porque no se identificaban ahora con facilidad, sino porque cualquier esfuerzo por sacarles por la raíz, ya que estaban crecidas y firmemente arraigadas y mezcladas con el trigo, habría arrancado el trigo también. Esperad, dijo el labrador a sus siervos, “hasta la siega.”

## El desafío de los principios pequeños

Otra parábola les refirió, diciendo: El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su campo; el cual a la verdad es la más pequeña de todas las semillas; pero cuando ha crecido, es la mayor de las hortalizas, y se hace árbol, de tal manera que vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas. (Mat 13.31-32)

Uno de los errores más graves que cometen los paisajistas amateur es no anticipar el tamaño al que puede crecer un árbol de un retoño muy pequeño. Así es con los que ven el principio insignificante del reino de Dios y juzgan que siempre será un asunto de poca importancia. Porque, como bien sabemos, no es el tamaño de la semilla que determina lo que al final llegará a ser, sino el germen vivo dentro de ella. Es esta verdad que usa Jesús para ilustrar el verdadero destino de un reino que tendrá un principio poco propicio, pero a fin de cuentas dominará al mundo. Esto de verdad es el mensaje que los hombres unidimensionales y carnales necesitan oír, pero también es la palabra de consolación que necesitan los discípulos del Señor que acaban de escuchar una advertencia en las parábolas del *Sembrador* y de la *Cizaña* que el reino de los cielos, lejos de ser recibido universalmente, tendrá que crecer entre fuerzas malvadas que intentarán destruirlo con todo su poder. Eso ciertamente no era el reino que se esperaba entre el pueblo, ni aun entre los discípulos más íntimos de Jesús.

El grano de mostaza era el símbolo proverbial de la pequeñez en el mundo antiguo judío (Mat 17.20). En esta parábola Jesús nota cómo el reino de Dios es como

aquella semilla pequeñita y aparentemente insignificante, que con el tiempo crecerá a ser un árbol suficientemente grande como para albergar a los pájaros. La parábola no está en el tamaño de la planta de mostaza. Aunque evidentemente crecía a un tamaño notable por una hierba en la Palestina antigua, obviamente no se compararía con aquellos árboles grandes que se usan a veces en la Escritura como símbolos de reinos poderosos (Ezeq 17.24; Dan 4.20-22). La parábola se enfoca más bien en la diferencia inmensa entre la semilla pequeña y la planta que sale de ella.

El reino de Dios de verdad comenzó de forma poco impresionante. Ese hecho se ilustra por el nacimiento sumamente humilde de su rey, quién comenzó Su vida en un establo Palestino, el hijo de una campesina judía desconocida sin nada que le destacara salvo su piedad y fe notables. Y lo que empezó tan mediocrementemente tampoco estalló más tarde en gloria celestial. El niño creció a ser un maestro sin dinero y sin credenciales académicas, sociales o políticas. Muy acertadamente dijo Isaías de Él, “no hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos” (53.2).

La cosa más anticipada y más ausente de este reino era la presencia de poder celestial arrollador. Vino el poder, pero en formas apagadas y discretas — la sanación de los enfermos y la resurrección de los muertos. No había nada que forzara a los impíos inmediatamente a sus rodillas o derrumbara a los poderes malvados. La demostración del poder divino que sí se hacía mayormente parecía tener el propósito de llamar la atención al Maestro y a Su mensaje; a causar que la gente escuchara, aprendiera y siguiera de buenas ganas (Juan 20.30-31; Heb 2.3-4). Jesús sí durante un tiempo alcanzó algo de celebridad y llegó a tener un grupo de seguidores entre el pueblo judío, pero a fin de

cuentas se le volvieron en contra con malicia, asesinándolo sin pensarlo dos veces. Uno tenía que preguntarse qué clase de reino comienza así.

Y esa es precisamente lo que se preguntó Juan el Bautista, aun antes de que todo pareció acabar con la muerte de Jesús. Envío a algunos de sus discípulos a Jesús con la pregunta, “¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro?” (Mat. 11.3). ¿Cómo pudo Juan el Bautista hacer tal pregunta? Él mismo había oído la voz de Dios como trueno que dio su testimonio desde el cielo, “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mat 3.17). Había declarado que Jesús era “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1.29). A lo mejor la explicación está en que este espíritu libre del desierto que había proclamado la venida inminente del reino de Dios ahora se asfixiaba en la prisión de Herodes. Por su predicación, él había llenado el desierto de Judea con gente que esperaban ansiosamente, ¡y ahora esto! ¿Por qué nos sorprende que Juan, como los discípulos de Jesús, tuviera sueños de un cataclismo celestial inmediato y la victoria final de Dios? Es importante recordar que él en cuyo espíritu vino Juan el Bautista, también una vez había entrado en una depresión profunda por la inversión chocante de eventos que siguió su gran victoria en el Monte Carmelo (1 Rey 19). Jesús respondió con mansedumbre, pero con firmeza. “Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio; y bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí” (Mat 11.4-6).

El Señor no le promete a Juan que pronto vendrán cosas mayores ni miles de ángeles irrumpiendo del cielo para arreglar todo. Solamente iba a haber prodigios de sanación y la predicación del evangelio a los pobres, las mismas señales que según Isaías

iban a preceder la llegada del reino de los cielos (Isa. 35.5-6; 61.1). Y bienaventurados, dijo Él, son los que no estén desilusionados por Él ni por Su reino.

## **El Reino de los cielos:**

### **¿Cómo de grande es el árbol?**

Según recuenta Lucas la parábola de la *Semilla de mostaza*, Jesús dice que la semilla de mostaza “creció y se hizo árbol grande...” (Lucas 13.19). Ya hemos observado que esta parábola hace más hincapié en el contraste entre la semilla y la planta que en la inmensidad de su crecimiento final. Como ha observado A. B. Bruce, la parábola parece enfatizar más la pequeñez del comienzo del reino que la grandeza de su estado final. Por muy grande que sea el árbol de la semilla de mostaza, nunca competirá con los verdaderos árboles que se elevan por encima de él. Parece que las dos parábolas compañeras, la *Semilla de mostaza* y la *Levadura*, tienen el propósito de ilustrar el crecimiento e influencia futura del reino. La una habla de su crecimiento extenso y visible, y la otra del cambio espiritual intensivo. Pero la pregunta que permanece es si Jesús tiene en vista en la parábola de la *Semilla de mostaza* el destino victorioso final de Su reino, o simplemente la influencia visible y espiritual del evangelio que se agrandó en la historia.

Los profetas hablaron con elocuencia del triunfo completo y final del reino Mesianico. Isaías previó que “el monte de la casa de Jehová” iba a ser “confirmado...como cabeza de los montes” y “exaltado sobre los collados” (2.2). Daniel afirma que el reino se convertirá en un gran monte y llenará toda la tierra (2.35) y que el dominio de su Rey será un “dominio eterno, que nunca pasará” (7.14). Pero la selección de Jesús del grano de mostaza por ilustración del futuro del reino parece una metáfora poco probable con qué describir su gloria final. A lo mejor lo escogió a propósito para



enfaticar la gran influencia espiritual que el reino de Dios iba a ejercer en el mundo y en la historia a pesar de su comienzo pequeño, y a la vez sin darles a Sus discípulos ninguna visión de gloria terrenal. Dentro del período de su generación, el evangelio había de predicarse “en toda la creación que está bajo el cielo” (Col 1.23) y tocar los corazones de hombres desde Jerusalén “hasta lo último de la tierra” (Hechos 1.8). ¿Pero tiene el árbol de mostaza la intención de hablar del crecimiento de la iglesia a una institución de poder terrenal tan grande que la sociedad de hombres impíos tiemble ante ella? Este concepto parece conformar más con la teología católica romana o las especulaciones premilenialistas. Lo que las parábolas anteriores del *Sembrador* y de la *Cizaña* han dicho ya con claridad es que el reino de los cielos está destinado a ser rechazado por la gran mayoría de los hombres y a luchar con los hijos del diablo mientras permanezca el mundo. No hay lugar en estas parábolas para que la iglesia de Dios reine como suprema en alguna nueva era del Sacro Imperio Romano ni que presida sobre la justicia y paz total de un milenio terrenal. Sin duda habrá tiempos en que el evangelio está más “a tiempo” que en otros (2 Tim 4.2), pero a tales tiempos de paz y mayor avance (Hech 9.31) probablemente siempre les seguirán períodos de oposición, atrincheramiento y apostasía (1 Tim 4.1; 2 Tim 3.1-5; 4.3-4). Los justos son destinados a nunca escapar la persecución en esta vida (2 Tim 3.12).

La parábola de la *Cizaña* nos dice claramente que la hora de la gloria y triunfo final para el reino vendrá al “fin del siglo” (Mat 13.39) cuando “enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino [todos los hombres vivos y muertos, Rom. 14.9, PE] a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad” (Mat 13.41). Será en ese momento, y no antes, en el mismo momento en que los inicuos sean echados

en el horno de fuego, que “los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre” (Mat 13.41-42). Será en ese momento que el reino de Dios llenará toda la tierra, y el Señor y Su Ungido, que siempre tenía soberanía absoluta, se burlará de los reyes de tierra final y completamente, y los desmenuzará como vasija de alfarero.

El Señor tiene por costumbre hacer Sus prodigios por medio de la gente y las circunstancias más humildes para que así sea evidente que solamente Dios pudo haberlo realizado. Pablo, hablando del evangelio, dice que “lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte...a fin de que nadie se jacte en su presencia” (1 Cor 1.27, 29). Por lo tanto según mi parecer nunca llegará el día en que el pueblo de Dios se encuentre felizmente en una posición de éxito terrenal sin ser corrompido por el mismo éxito. Por medio de las dificultades a que los cristianos somos llamados a padecer el Señor asegura de que solamente vengan los sinceros de corazón. El Señor guió a Israel por un desierto sin caminos sin nada sino sólo Su promesa para sostenerlos para que en su necesidad pudiera saber Él lo que había en sus corazones y para que supieran ellos que no sólo de pan vivirá el hombre, mas de la palabra de Dios (Deut 8.2-3). Lo más probable es que siempre seamos de la “manada pequeña” (Lucas 12.32) enviada por el Señor “como a ovejas en medio de lobos” (Mat 10.16) para que en Él sólo confiemos.

Entretanto, el reino de los cielos siempre será un árbol suficientemente grande para dar albergue a todo corazón sincero y penitente que busque refugio en su Señor, y un árbol suficientemente falto de atracción mundana como para no tenerles nada de encanto a los carroñeros que puedan buscar albergue en sus ramas para sus propias razones oscuras y carnales.

## **La Parábola de la levadura:**

### ***El contagio celestial***

Otra parábola les dijo: El reino de los cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer, y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo fue leudado. (Mat 13.33)

Entre todas las parábolas que Jesús enseñó junto al Mar de Galilea, esta es la más breve. Termina casi tan pronto como comienza, dejándonos tratando de entender su mensaje rápido e incisivo. Tanto Mateo como Lucas recuentan esta parábola en asociación inmediata con la parábola de la *Semilla de mostaza*, lo cual deja la impresión clara que ella, también, tiene que ver con la manera en que el reino expande, aunque el enfoque parece más interior que exterior.

**“El reino de los cielos es semejante a la levadura...”** Bajo la Ley de Moisés, la levadura era, sino por unas pocas excepciones, prohibida en las ofrendas, y durante la Pascua toda levadura tenía que quitarse de la casa (Éxo 13.3; Lev 2.11; Amós 4.5). En casi todo caso en el Nuevo Testamento en que se emplea la levadura como figura, se refiere a una influencia mala (Lucas 12.1; 1 Cor 5.7; Gál 5.9). Por esta razón algunos han concluido que la levadura en esta parábola simboliza una fuerza malevolente, la entrada sigilosa de la apostasía (J.N. Darby, *Exposición Breve de Mateo*, 1845, p. 40). Pero se nos dice explícitamente que la parábola de la *Levadura*, como todas las demás en la serie junto al Mar, representa el reino de los cielos, no el dominio de Satanás (Mat 13.33; Lucas 13.20-21). No existe aquí ningún problema de verdad ya que toda influencia espiritual, tanto para el mal como el bien, obra de la misma forma, y diferentes usos de la

misma metáfora no se desconoce en la Escritura. Tanto Satanás como Cristo son comparados con un león (1 Ped 5.8; Apóc 5.5); pero en el diablo se ve como el león acecha despiadadamente a su presa, y en Jesús su fuerza y valor. La paloma en una parte se usa para ilustrar la estupidez (Oseas 7.11) y en otra, la sencillez inocente (Mat. 10.16).

**“Que tomó una mujer, y escondió en tres medidas de harina...”** Como ha observado Buttrick, “Esta parábola ha sufrido muchas ofensa a manos que los que la han querido alegorizar.” Algunos han visto en la mujer o la iglesia o el Espíritu Santo cuando parece que no tiene otro significado aparte de que esta clase de trabajo se hacía tradicionalmente por las mujeres. Para Agustino, las tres medidas de harina representaban a la raza humana entera en los tres hijos de Noé; para Jerónimo y Ambrosio significaban la santificación del espíritu, alma y cuerpo. Aunque estas ideas en general no estén lejos del significado de la harina, lo más probable es que las tres medidas simplemente no sugieren más que la cantidad usual de masa usada en el mundo antiguo al hacer pan (i.e., un efa<sup>2</sup>, Gén 18.6; Jue 6.19; 1 Sam 1.24).

La parábola de la *Levadura* parece hablar de la silenciosa transformación interior que obra el reino de Dios en el espíritu humano y la manera en que sin ostentación mueve de corazón en corazón. Así que la levadura, como la luz y la sal (Mat 5.13-14), es una agencia silenciosa pero poderosa. De esta misma manera Jesús obró entre los hombres: “No gritará, ni alzará su voz, ni la hará oír en las calles” (Isa. 42.2-3; Mat. 12-17-21). Sin embargo, su obra nunca era ni oculta ni sigilosa: “Yo públicamente he hablado al mundo; siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y nada he hablado en oculto” (Juan 18.20).

---

<sup>2</sup> más o menos 22 litros

La obra de la levadura también es interior e invisible. Esta parábola es una declaración poderosa de la naturaleza espiritual del reino. Fue este mismo punto que Jesús hizo una vez a los Fariseos: “El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: Helo aquí, o helo allí porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros” (Lucas 17.20-21). La revolución radical del reino de Cristo (no como los reinos de los hombres, Juan 8.36) había de explotar silenciosamente en lo interior, efectuando una transformación completa del corazón. Por lo tanto la levadura debe simbolizar el evangelio, pues obra desapercibidamente en el espíritu individual (1 Ped 1.22-23) y luego mueve de un corazón a otro (Hech 8.4).

La palabra de Dios es la semilla que germina de la cual sale la vida nueva de Dios, pero aquellos que hayan sido tocados por ella también llegan a ser luz, sal y levadura en el mundo (Mat 5.13-14; Fil 2.15). La humildad de espíritu y la piedad de vida “[adornan] la doctrina de Dios” (Tit 2.10) e inevitablemente atraen y luego infectan a otros con el mismo contagio celestial poderoso que ha cambiado sus propias vidas. El movimiento de tal fuerza espiritual profunda no es ruidoso ni clamoroso como un ejército sobre la marcha, sino constante, callado e inexorable como la planta tierna que primero penetra, luego raja y por fin rompe la más obstinada de las rocas.

**“Hasta que todo fue leudado...”** Si la masa representa el corazón de un alma individual, entonces es correcto tomar el “todo” como absoluto porque en Cristo todo es hecho nuevo (2 Cor 5.17); toda la personalidad es penetrada. Pero si la masa simboliza al mundo, debemos entender que la parábola habla del leudar de todo corazón bueno y recto y no de la salvación universal (Mat 7.13-14), ni de ninguna influencia social universal en una humanidad no convertida. Es inconcebible que el que vino “a buscar y a salvar lo

que se había perdido” se preocupara con el mero impacto social del evangelio. Con Jesús y su reino era la redención personal, o no era nada (Juan 3.3-5).

## Todas las cosas nuevas

La parábola de la *Levadura* nos recuerda que Dios envió a su Hijo al mundo no solamente a perdonar sino a transformar. Una cosa tan inmensa como la cruz nunca tuvo el propósito de meramente proveer misericordia para nuestro pasado pecaminoso, dejándonos los mismos inviduos orgullosos, egoístas y lascivos. Hemos de ser cambiados, y sobre esa transformación esta pequeña parábola nos cuenta mucho.

Ante todo, es una transformación que debe venir desde afuera. Arquímedes, el Griego que descubrió el principio de la palanca, una vez hizo la observación, “Dame en dónde apoyarme, y moveré al mundo.” Ese es el problema. El “mundo” desesperadamente necesita moverse, pero no tenemos en dónde pararnos fuera de él. La levadura de la renovación está más allá del poder humano y todo sistema de autoayuda es condenado al fracaso por definición. Somos tan incapaces de reformar nuestras vidas conforme a la justicia de Dios por nosotros solos como de escapar el juicio justo de Dios por nuestros pecados. Solamente el fuego del cielo es suficientemente poderoso como para efectuar tal cambio radical. Por la gracia de Dios hemos sido perdonados, y es por su gracia y poder que al final seremos enteramente renovados (Ef 2.8-10; 3.14-21).

En segundo lugar, es una transformación que ha de realizarse en lo interior. Mucho razonamiento moderno político y hasta religioso depende del mito frecuentemente desacreditado que el hombre es formado por su entorno y que cambiar su circunstancia cambiará su corazón. La verdad se encuentra por el otro lado. “Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón;” advierte Salomón “porque de él mana la vida” (Pro 4.23). La vida, para el bien o el mal, mana de la mente, y la vida nueva solamente puede salir de

un corazón que haya sido persuadido en nuevos rumbos. Por lo tanto, como la levadura en una masa de pan, el reino de los cielos dirige su ataque para adentro, en el corazón.

El cambio externo hecho aparte de la revolución intena es mera acomodación (Rom 12.2), y su superficialidad le roba la resistencia. Se desvanece frente a la menor inconveniencia. Por contraste, el cambio externo efectuado por un corazón cambiado es verdadera transformación y su profundidad le da una inmovilidad tenaz (1 Cor 15.58). Esta clase de conversión no solamente resiste el control desde afuera sino ejerce una influencia profunda y positiva en los demás. El corazón es crítico. En una parábola titulada “El holocausto,” Nathaniel Hawthorne imagina una fogata en que los hombres están echando al fuego todas las cosas malas del mundo. Satanás, mirando, al principio está consternado, pero luego se anima y observa, “Todavía no estoy acabado. Se han olvidado de echar el corazón humano.” Esta es la razón por la que la religiosidad heredada de segunda mano, por verdadera que sea en forma, siempre carecerá de realidad y poder (2 Tim 3.5). La masa nunca será leudada. La vida nunca será transformada de verdad.

En tercer lugar, es una transformación que debe tocar toda nuestra vida. Ni el segmento más pequeño puede excluirse, porque en aquella tajada angosta se esconderán nuestra voluntad y nuestro camino. Nunca ha sido de otra manera. Dios siempre ha exigido que los hombres le amen y le sirvan de todo corazón (Deut 6.4; 11.13; 13.3; Jer 29.13).

En el último análisis es Cristo quien es la levadura. El Cristo crucificado, sí, y de verdad el Cristo de las Escrituras, pero todavía Cristo la persona que establece residencia personalmente por la influencia de su carácter y voluntad singulares en cada recoveco de



nuestros corazones. Pablo definió las riquezas y la gloria del misterio del evangelio cuando dijo que es “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (Col 1.27). La levadura del Hijo de Dios entra en nuestras vidas cuando aceptamos no solamente su amor y perdón, sino también su soberanía. Hay poder personal enorme en el conocimiento de que Él no piensa dejarnos en dónde estamos.

Nuestras vidas son cambiadas contemplando la gloria que es Jesús (2 Cor 3.18). Hay dos cosas que veremos al mirar el rostro de Cristo. Primeramente, lo que no somos. Nunca conocen los hombres la profundidad de su maldad hasta que hayan mirado honestamente la cara de santidad y justicia perfecta, y éstas no vividas en aislamiento celestial sino en la realidad mugrienta de la carne humana. Es una experiencia que da pena, pero una que es totalmente necesaria a nuestra transformación. ¿Cómo podremos ser diferentes si no sabemos como de desesperadamente necesitamos serlo?

La segunda cosa que veremos en el rostro de Jesús es lo que podemos ser. Por mucho que su santidad nos ha hecho ver nuestras propias impurezas, su amor al mismo tiempo nos llenará con una visión de lo en que su gracia y poder nos pueden convertir. Hemos de ser “transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Cor 3.18).

Y por fin lo que Cristo ha sido en nosotros como la levadura de la eternidad, siempre aumentando, expandiendo, cambiándonos, nosotros hemos de ser en el mundo. La gente podrá ver en nosotros lo que les puede pasar a ellos al observar lo que nos ha pasado a nosotros (Mat 5.13-16).

“Tu belleza, o Cristo, se vea en mí,

Que en pureza y en celo yo imite a ti.

Que refine mi ser tu divino poder,

Tu belleza, o Cristo, se vea en mí.”

## Poseyendo lo invaluable

Además, el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo. (Mat 13.44)

Solamente Mateo recuenta las parábolas del *Tesoro escondido* y la *Perla de gran precio*. Juntamente con la parábola de la *Red*, constituyen el trio de parábolas final con el que Jesús concluye su serie sobre la naturaleza del reino de los cielos. A diferencia de sus parábolas anteriores, dirigidas a la multitud, éstas evidentemente se las dirigió a sus discípulos en forma privada.

Las parábolas contienen el mismo mensaje—el valor incomparable del reino de Dios. Pero cada parábola tiene su propia manera única de hacer llegar la lección y se merece de por lo menos algo de tratamiento individual.

La única disputa importante sobre el significado de estas dos parábolas que afectaría su mensaje radicalmente se trata de lo que Jesús quiso decir en ellas al hablar del “reino.” Hay los que creen que el labrador y el mercader en estas dos historias son Cristo (Lloyd John Ogilvie, *La Autobiografía de Dios*), y que “el tesoro escondido” y la “perla preciosa” representan la iglesia, cuya redención del pecado literalmente le costó todo, un precio que Él pagó, gozoso. No se puede debatir la verdad de tal idea, pero la pregunta es si ése es el mensaje de estas parábolas o no.

La palabra griega *baseleia* (reino) ciertamente incluye por implicación a aquellos que son gobernados, pero su idea fundamental es el poder y dominio del rey. El valor del

reino de los cielos no está principalmente en los que por la gracia divina se les ha permitido recibirlo, sino en la gloria y poder del Dios que reina sobre él. Todas las parábolas del reino que dio Jesús han tratado este punto de cómo crece el reino. Nada en el contexto de estas dos parábolas podría sugerir que en ellas Jesús haya desviado su atención de cómo Él iba a establecer su reinado entre los hombres, al gran valor que Él ha asignado a los hombres y mujeres perdidos. Es un punto válido que se hace poderosamente en otros lugares, pero no, creemos nosotros, aquí.

A los finales del siglo veinte, la mención de tesoros enterrados nos hace pensar en tonterías semi-legendarias sobre piratas que escondían su botín en la cala de alguna isla en dónde espera recuperación de parte de los afortunados. Pero en la Palestina del primer siglo no era tan inverosímil por nada. El desorden que las guerras y las revoluciones regularmente imponían en el mundo oriental hizo que fuera necesario que los hombres enterraran los objetos de valor que no pudieran llevar consigo sin peligro cuando tenían que huir por sus vidas. A veces nunca volvían para poder recoger sus bienes escondidos y la tierra pasaba a los que no tenían ningún conocimiento de lo que estaba enterrado debajo de la superficie. La Biblia hace referencia a la práctica. El asesino que mató al gobernador caldeo de Judá les perdonó las vidas a diez hombres para obtener la reserva de bienes rica que ellos afirmaban tener escondida en un campo (Jer 41.8). También formaba la base de una metáfora común en el mundo antiguo. Job habló de los que buscaban la muerte “más que tesoros” (Job 3.21) y Salomón insta a los jóvenes a procurar la sabiduría “como a tesoros escondidos...” (Pro 2.4, LBLA).

El hombre en la historia de Jesús que realmente por accidente halla un tesoro de muchísimo valor enterrado en un campo claramente no estaba en búsqueda de tesoro. Lo

más probable es que simplemente estaba labrando la tierra de otro cuando el arado dio con algo que no era ni roca ni tocón y lo expuso. Casi no creyendo su buena fortuna, con el corazón palpitando por emoción, el hombre en seguida vuelve a enterrar lo que halló y va prácticamente plétórico de gozo secreto y vende todo lo que tiene para poder comprar el campo. Uno bien puede imaginar que todos sus amigos y vecinos a lo mejor pensaban que estaba totalmente fuera de sí, vendiendo sus posesiones preciosas para comprar un campo que no valía ni la mitad de lo que él pagaba por él y riéndose con alegría mientras todo lo que a él pertenecía fue a subasta. La naturaleza humana siendo lo que es, probablemente le dijeron sin pelos en la lengua que era bobo y a lo mejor trataron de refrenarlo forzosamente de su insensatez. Pero no podía disuadirle nada, ni burlas, ni amenazas ni abuso; porque él había visto y sabía que el tesoro escondido en aquel campo valía todo lo que él tenía y cien veces más.

El reino de los cielos es así, dijo Jesús, un tesoro tan fabulosamente grande que vale todo lo que un hombre pudiera poseer, toda relación que pudiera tener o esperar, aun su propia vida (Mat 10.37-39; Lucas 14.25-26). Es probable que los que hallan el reino celestial se verán como locos por los que no saben nada. Se informa que George Bernard Shaw dijo que él sabía que había vida en el espacio exterior ¡porque estaban usando la tierra como un manicomio! No es fácil estar cuerdo en un loquero, pero cuando uno conoce el valor eterno de lo que ha hallado en Cristo, no tienen importancia todos los demás, y el gozo de esa confianza seguramente le llevará por medio de las pérdidas más difíciles sin el menor arrepentimiento. Ése es el “gozo inefable y lleno de gloria” que proviene de descubrir el propósito de la vida, el tesoro más valioso que todos los demás.

## Hallando lo mejor

También el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró. (Mat 13.45-46)

Los antiguos consideraban las perlas sumamente preciosas y les fascinaban tanto como los diamantes grandes a la gente moderna. Daban explicaciones misteriosas de su formación y pagaban cantidades fabulosas para poseerlas. Por esta razón los mercaderes de la antigüedad rastreaban el mundo para los especímenes más hermosos y, por consecuencia, le proveyeron a Jesús una ilustración fascinante para lo mejor, el mayor bien.

El mensaje de la parábola del *Gran Precio* y el del tesoro escondido en el campo son claramente iguales. Los hombres en las dos parábolas reconocen el valor de lo que han hallado y no vacilan en vender todo lo que tienen para poseerlo. A ninguno de los dos hay que convencer ni engatusar para que actúe. Se mueven con abandono gozoso. Así, dice Jesús, es el reino de los cielos. Cuesta todo lo que poseemos pero es el mayor bien, el tesoro incomparable, y el gozo de obtenerlo superará todo sentido de pérdida.

El costo del discipulado era un tema común con el Señor. No quería ninguna desilusión (Lucas 9.57-62). Su lenguaje muchas veces era gráfica. “Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo (Lucas 14.26). Tales declaraciones

eran la expresión práctica de su exigencia de lealtad absoluta. Los que lo seguían tenían que estar preparados para dejar todo por amor a Él (Mat 16.24-25).

¿Cómo puede ser - preguntará alguien - que un reino dado por la gracia de Dios tiene que comprarse por un precio tan alto? En primer lugar, el valor incomparable del reino de los cielos lo pone más allá de la compra. Cuando Dios da a los pecadores lo que no tienen ni derecho ni capacidad de obtener en absoluto, tiene que ser un don. Pero, por definición, el don del reino o reinado de Dios no puede poseerse por los que no se someterán por completo a Él. El precio que pagamos para ser seguidores de Cristo no está en las cosas sino en nuestro cariño predominante por ellas; no en las personas sino en nuestro compromiso preeminente con ellas; y no en posición ni placer sino en nuestro amor primordial por ellos. El reino de Cristo se encuentra en dónde “Cristo [sea] el todo, y en todos” (Col 3.11). Todo lo que somos y tenemos se le debe rendir al servicio de Él.

Sin embargo, si Jesús en estas dos parábolas habla del costo del reino, no es su énfasis principal. Nuestro Señor no nos llama por el costo del discipulado sino por los gozos transcendentales de seguirle. No se le puede persuadir a un hombre a que prenda fuego a su casa diciéndole lo miserable que es. Si es una pocilga, es la única que tiene. Pero si se le da la seguridad de algo mucho mejor, de buenas ganas la quemará y bailará alrededor de las llamas. Los dos hombres de estas parábolas no dejan todo por algún asceticismo perverso sino porque han hallado algo tan superior que hace que lo que tienen ahora parezca como nada. Así que cuando Pablo desechó como basura todo lo que le era importante, no lo hizo apretando los dientes en abnegación, sino como reacción al valor transcendental de Cristo (Fil 3.8-10). Como escribió tan poderosamente en Colosenses, “Cristo es el todo” (3.11), y “toda la plenitud de la Deidad reside

corporalmente en Él” (2.9), “en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (2.3). Cuando los hombres verdaderamente ven “la gloria de Dios en la faz de Cristo” (2 Cor 4.6), jamás volverán a estar contentos con la cortina de humo de este mundo. “No es ningún insensato el que da lo que no puede retener por ganar lo que no puede perder.”

Sin embargo, como ya se notó, existen algunas disimilitudes en estas dos parábolas parecidas. El hombre que halló el tesoro escondido lo descubrió completamente por accidente. “Le sorprendió el gozo.” El mercader, por otra mano, estaba en búsqueda seria. Si hubiera sorpresa alguna para él fue que encontró lo que estaba buscando en una sola perla. A menudo nos preguntamos en dónde encontraremos candidatos para el reino. Estas dos parábolas nos dan la respuesta. Se presentarán en las almas sinceras como el noble etíope o el soldado italiano, Cornelio, quienes buscan el reino intencionadamente. Y se hallarán entre los cuyas vidas, como la de la mujer samaritana, están ocupadas con lo mundano y lo inmoral y no muestran ningún indicio de interés espiritual. Éstos solamente esperan a que un discípulo tome interés en ellos y se les acerque, así como Aquel que vino a buscar y salvar a los perdidos.



## Reino problemático “de toda clase”

Asimismo el reino de los cielos es semejante a una red, que echada en el mar, recoge de toda clase de peces; y una vez llena, la sacan a la orilla; y sentados, recogen lo bueno en cestas, y lo malo echan fuera. Así será al fin del siglo: saldrán los ángeles, y apartarán a los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes. (Mat 13.47-50)

En la parábola de la *Red*, Jesús hace uso de otra imagen familiar del mundo Palestino rutinario, una que era especialmente común alrededor del Mar de Galilea. La red era una red muy grande para pescar, un lado hundido con una pesa y el otro que flotaba, y que, al arrastrarse del agua profunda a la orilla, traía en sus mallas toda criatura en el agua. Obviamente, no todo serviría para comida, especialmente entre los judíos, y todo lo que no convenía tenía que quitarse. Jesús dice que en algunos aspectos el reino de los cielos es como aquella red.

Esta última de las siete Parábolas junto al Mar que recuenta Mateo por lo general se relaciona estrechamente con la parábola de la *Cizaña* y se le da una interpretación parecida. Por muy sencillas que parezcan ser estas parábolas, han sido la fuente de mucha controversia. La razón es que parecen rechazar todo ejercicio de disciplina espiritual por la iglesia contra los discípulos rebeldes; ningún juicio del comportamiento de los cristianos – si es bueno o malo – antes del juicio final. Éste es el caso especialmente con la parábola de la *Cizaña*. Lutero resolvió este problema sosteniendo que los esfuerzos por echar a los impíos de la iglesia solamente eran prohibidos cuando uno también corriera riesgo de desalojar a los hijos verdaderos del reino. Pero esto

desentona con el hecho de que la orden del granjero a sus trabajadores de no arrancar la cizaña es incondicional (Mat 13.29-30). El fallo interpretativo está en tomar el campo en la parábola por la iglesia en vez del mundo. Ya hemos indicado nuestra creencia de que la parábola de la *Cizaña* no se trata de la disciplina en la iglesia en absoluto sino del hecho sorprendente en ese entonces de que el reino de los cielos iba a existir durante un tiempo en medio de un mundo impío e inhóspito (“el campo es el mundo,” 13.38). El juicio bajo consideración no es la disciplina correctiva, sino el final, un juicio que solamente la mente divina tiene el derecho o la capacidad de efectuar (1 Cor 4.3-5).

Los que se oponen a esta perspectiva hacen hincapié en la afirmación de Jesús de que los ángeles “recogerán *de su reino* a todos los que sirven de tropiezo...” (Mat 13.41). Pero hay que entender el significado de *su reino* en su contexto. El *reino* muchas veces sí se refiere a la iglesia, pero a veces abarca la esfera total del dominio soberano del Señor, hasta a los rebeldes (Lucas 19.14-15, 27; véase Efe 1.20-23). Nosotros creemos que así es el caso en la parábola de la *Cizaña*. El reino de los cielos era destinado no a traer paz y triunfo inmediato sino tribulación. (Apoc 1.9; Hech 14.22; Mat 5.10; Juan 16:33; 2 Tim 3.12). Por medio de esta parábola, se les exhorta a los ciudadanos del reino a que esperen con paciencia por su reivindicación en la gloria del justo juicio final del Todopoderoso. Es una parábola de consuelo y ánimo a los santos rechazados y perseguidos.

Sin embargo, no es así con la parábola de la *Red*. Esta es una parábola triste y terrible, una parábola de juicio y rechazo. Crisóstomo la llamó “una parábola espantosa.” Además, lo que hemos negado en la parábola de la *Cizaña*, creemos ser la verdad en cuanto a esta parábola, en que se dirige al carácter de la iglesia en vez del mundo en

general, y que se refiere a la purificación final de la comunión de los santos. Los recogidos de la red en esta parábola no representan a todos los hombres sino a los que son específicamente atraídos por el evangelio. Así que lo que quizás no se enseña por la parábola de la *Cizaña* de cierto se enseñe aquí. Hasta que Dios realice el juicio final habrá mezclados entre los justos del reino aquellos que son “malos.”

Este es un mensaje difícil de aceptar. ¿Es esto lo que afirma Jesús? ¿Quiere decir que las iglesias locales no pueden excluir completamente a los infieles e impíos de entre sus afiliados? ¿Simplemente se debe aceptar como inevitabilidad la acusación común de que la iglesia es un hervidero de hipocresía? ¿Somos destinados a tener que vivir cómodamente con toda clase de herejía e inmoralidad? Son preguntas así como éstas que debe contestar nuestro estudio de esta parábola.

## **La parábola de la red:**

### ***¡Puro por fin!***

Mientras podríamos sospechar que la parábola de la *Cizaña* se dirija a la cuestión de la disciplina en la iglesia (aunque somos firmemente convencidos de que no), no existe tal posibilidad con la parábola de la *Red*. Habla solamente de la eliminación de entre el reino de todos los que no sean discípulos verdaderos. El reino de Dios no siempre será un lugar en que los motivos impuros, deseos siniestros y tibieza espiritual puedan ocultarse entre los justos, sino por fin será limpiado de todo lo inmundo. Los peces que son echados fuera en la parábola son los “malos,” y los que los quitan son los “ángeles,” y la hora es “el fin del siglo.” El propósito de la purga de la red no es redentor. El rechazo es final. El juicio es divino.

La imagen ideal del reino celestial se ve en las parábolas del *Tesoro escondido* y de la *Perla de gran precio*. En estas parábolas todos los que llegan a formar parte del reino lo hacen al nivel de dedicación absoluta. Todas las cosas se someten al dominio de Cristo. Pero la realidad es que hay muchos que se asocian con el reino no están totalmente comprometidos o no están nada comprometidos. La parábola del *Sembrador* hace que esto sea evidente. Entre los que reciben el evangelio, algunos serán superficiales y otros tibios (los pedregales y los espinos). Hay varias ilustraciones de esta verdad en el Nuevo Testamento – la iglesia en Corinto con su inmoralidad y divisiones carnales, las iglesias de Galacia con sus maestros judaizantes de justicia por la ley, las iglesias a las que Juan escribió sus epístolas con sus profetas gnósticos de un evangelio nuevo y mejorado, y cinco de las siete iglesias de Asia acosadas por las diversas plagas

de la idolatría, la inmoralidad, la enseñanza falsa, la falta de amor y la autosuficiencia engreída. En cuanto al presente, no se exige mucha observación en las iglesias del Señor del siglo veinte para darse cuenta de que las cosas no han cambiado. Estamos llenos de problemas, no simplemente por la debilidad momentánea ni por la ignorancia de los que están en camino a la madurez espiritual, sino por una mundanalidad y orgullo arraigados y una determinación consciente de corromper la doctrina de Cristo.

Con razón uno podría objetar, notando que en el Nuevo Testamento no se aceptan con resignación tales aberraciones espirituales en las iglesias o en los santos individuales. Pablo exhortaba a la iglesia en Corinto a que ordenaran su casa espiritual (1 Cor 1.10), a que no se asociaran con aquellos cristianos que estuvieran determinados a practicar lo impío (5.11-13). De hecho, él dice, usando la misma palabra griega elegida por Mateo para recontar la parábola de la *Red* (“los malos,” *ponerous*), “quitad, pues, a ese perverso [*poneron*] de entre vosotros.” Los maestros judaizantes que afligían a las iglesias de Galacia fueron anatemizados por Pablo como quiénes pervierten el evangelio (Gál 1.6-9). El Señor mismo les advirtió a las cinco iglesias de Asia de problemas morales — y espirituales — para que se arrepentieran (Apoc 2-3). Otros pasajes indican que las iglesias y los santos individuales no tenían que soportar a los cristianos corruptos e infieles entre ellos (Rom 16.17; 1 Tim 1.3-4; Tit 1.9-13; 3.9-11).

De esto juzgamos que el Señor quiere que los de su pueblo, conforme a su habilidad, se mantengan a si mismos y a las iglesias de las que forman parte libres de las impurezas corruptas. De otra manera, ¿cómo podremos ser “la sal de la tierra” y “la luz del mundo,” glorificando a nuestro Padre por medio de vidas piadosas (Mat 5.13-16)? Y,

¿cómo conseguiremos que la gente nos vea como “luminares en el mundo, asidos de la palabra de vida” (Fil 2.15-16)?

Sin embargo, por mucho que quisiéramos mantener a las iglesias de los santos libres de los que no estén completamente comprometidos para con Cristo, es una meta que las limitaciones humanas no nos permitirán lograr plenamente. Como observó Pablo a Timoteo, “los pecados de algunos hombres se hacen patentes antes que ellos vengan al juicio, mas a otros se les descubren después” (1 Tim 5.24). Las mismas limitaciones que imposibilitan que nosotros pronunciemos juicio final en contra de otros igualmente imposibilitan que deshagamos a la iglesia por completo de todos sus hipócritas. Podemos y debemos tomar acción frente a aquellas actitudes y conductas que sean abiertamente pecaminosas, pero, a diferencia de Dios, no somos omniscientes. Los hombres pueden ocultar su vergüenza de nuestros ojos. Por lo tanto, la limpieza final de la iglesia se deja para Aquel que conoce todas las cosas. Hablando del juicio final, Pablo advierte que no debemos “[juzgar] nada antes del tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios” (1 Cor 4.5). A Dios le toca lograr la pureza perfecta del reino, no a nosotros.

## Aprendiendo a plantar con paciencia

Decía además, “Así es el reino de Dios, como cuando un hombre echa semilla en la tierra; y duerme y se levanta, de noche y de día, y la semilla brota y crece sin que él sepa cómo. Porque de suyo lleva fruto la tierra, primero hierba, luego espiga, después grano lleno de la espiga; y cuando el fruto está madura, en seguida se mete la hoz, porque la siega ha llegado” (Mar 4.26-29).

Hay una expresión en los salmos característica especialmente de David que dice, “aguarda a Jehová.” “Aguarda a Jehová; esfuérzate, y aliéntese tu corazón...” (27.14). Este es el mensaje de la parábola del *Crecimiento de la semilla*, una parábola que solamente Marcos nos relata. Y puesto que él la coloca entre las parábolas que usó Jesús durante una sesión de enseñanza junto al Mar de Galilea, la agregamos aquí a las siete que recuenta Mateo (cap. 13). Lo más probable es que se encuentra entre aquellas parábolas que Jesús refirió solamente a sus discípulos (Mat 13.35; Mar 4.10), y por lo tanto tiene aplicación particular, si no exclusiva, a éstos.

La parábola parece tan sencilla y clara que no necesita de ninguna interpretación especial, y Jesús no da ninguna; sin embargo ha ocasionado bastante desacuerdo. ¿Quién es el sembrador? ¿Jesús, o sus discípulos? ¿Cuándo es la cosecha? ¿Dentro del tiempo o a su final? ¿Qué proceso ilustra? ¿El crecimiento espiritual del discípulo individual o el progreso del reino entero? A. B. Bruce se quejó de que “pocas de las parábolas de nuestro Señor han tenido una exposición menos satisfactoria,” pero algunas de sus propias especulaciones son apenas mejores que las que critica en Trench y otros.

A lo mejor el problema surge de la mucha especulación sobre asuntos que no son el énfasis de la historia de Jesús. El enfoque de la parábola no es el sembrador ni el campo sino el proceso ordenado en que una semilla de grano plantada germina y desarrolla hasta la madurez por un poder que reside en sí misma. Hay dos temporadas atareadas en la agricultura — la siembra y la cosecha. Entre estas dos hay semanas y meses de esperar con paciencia a que un proceso más allá del poder humano obre sus maravillas. Mientras tanto, el labrador hace otras tareas, ocupado en el ciclo habitual de trabajar y dormir. El comportamiento del labrador no refleja una falta de preocupación pasiva, sino un simple reconocimiento de que lo que sucederá ahora es el trabajo de la semilla, y no el sembrador. Hay momentos en que la única cosa sensata hacer es esperar, y confiar.

El enfoque de la parábola del *Sembrador* era la tierra—la influencia del corazón sobre lo que pasa con la semilla plantada del evangelio. En la parábola del *Crecimiento de la semilla*, el enfoque es más estrecho: la tierra buena, el corazón bueno, y el proceso por el que el evangelio logra su propósito en una mente receptiva. La parábola parece referirse principalmente a los que están sembrando la semilla del reino y constituye una exhortación a la confianza paciente. Cuando los discípulos han esparcido el evangelio con diligencia, necesitan encomendar los resultados al poder transformador maravilloso de Dios que reside en el mensaje (Rom 1.16); y la ausencia de resultados inmediatos nunca les tienen que desalentar de seguir predicando a Cristo con entusiasmo en toda ocasión y en todo lugar.

Para nosotros hay trabajo que hacer, pero “la excelencia del poder [es] de Dios, y no de nosotros” (2 Cor 4.7). Así que, ¡a Dios sea la gloria! Como Dios una vez le



recordó a Moisés, no importa tanto quiénes seamos nosotros, sino quién es Él (Éx 2.10-14). Por esta razón no tienen ninguna importancia que la semilla del evangelio sea plantada por algún doctorado de la agricultura espiritual o por un santo recién convertido; ¡la semilla germinará y crecerá *de suyo*! Como el apóstol Pablo una vez observó a algunos cristianos impresionados por predicadores y sus talentos: “¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído; *y eso es según lo que a cada uno concedió el Señor*. Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios” (1 Cor 3.5-6).

Pero éste no es solamente un problema de los que piensan en las habilidades humanas con mucho orgullo, sino de aquellas almas humildes que se afanan por sus propias deficiencias como maestros. Aquí de nuevo hay que afirmar que lo que sucede a la semilla plantada no depende de nuestras habilidades ni falta de ella, sino de la misma palabra de Dios. No tenemos que estar todo el tiempo ajustando las cosas, siempre tratando de añadir algo que pensamos posiblemente haber omitido. Simplemente necesitamos decirles a los demás lo que Jesús ha dicho, ¡y esa palabra poderosa y eterna estará trabajando mientras nosotros dormimos!

## Una historia increíble

Las parábolas de Jesús surgieron a finales de su predicación pública. Enseñó sus primeras parábolas, la gran serie sobre el reino, junto al Mar de Galilea casi al final de su segundo año de predicar. El resto vino en el último año de su vida cuando le urgía la necesidad de preparar a los Doce para los acontecimientos y deberes que dentro de poco iban a caer sobre ellos. Esto se hace patente especialmente en la parábola de *El siervo sin misericordia* (Mat 18.21-35). Parece ser una parte fundamental de una conversación en curso que comenzó en Capernaúm (compárese Mar 9.33-37 con Mat 18.15).

Esta historia poderosa, tan increíble en algunos detalles, es un clímax apropiado para una conversación que comenzó con otra pelea carnal entre los discípulos sobre quién iba a ser el mayor en el reino. Jesús ya ha intentado advertirles otra vez a los discípulos que se acercaba la hora de su sufrimiento y muerte (Mat 17.22-23), pero su fascinación crónica con la “grandeza” revelaba que no entendían nada y que todavía les dominaba un orgullo egoísta. Los que son afectados por este cáncer espiritual llegar a ser desatentos y severos para con sus “inferiores,” lo cual es agravado por una disposición de nunca admitir completamente sus propias faltas.

Jesús habla con los Doce sin pelos en la lengua. Pasándolos completamente por alto, elige al azar a un niño cuya sencillez humilde, según Jesús, es un ejemplo de la grandeza que ellos tienen que conseguir si quieren ser aptos para el reino de los cielos. Entonces Él hace una advertencia que a cualquiera que por ambiciones egoístas causara que uno de sus discípulos tropiece, le sería mejor que estuviera muerto, y luego habla de forma inquietante del “fuego eterno” (Mat 18.6-8). A esto, agrega instrucciones sobre la

necesidad de responder de forma redentora a los que pecan en contra de nosotros, siendo pronto para buscar la reconciliación a través del arrepentimiento y perdón (Mat 18.15-17). El quid de las palabras de Jesús era: ser misericordioso, no guardar rencor, estar dispuestos a recibir súplicas y a perdonar.

La respuesta de Pedro a todo esto demuestra que ha oído todo lo que Jesús decía pero el punto se le escapó por completo. Su respuesta es estadística, no espiritual. “Señor, ¿cuántas veces pecará mi hermano contra mí que yo haya de perdonarlo? ¿Hasta siete veces?” Hay probablemente poco lugar para duda que Pedro sentía que su proposición era muy generosa. La tradición rabínica prescribía tres veces (basado erróneamente en Job 33.29-30 y Amós 1.2-2.6), pero a veces ni llegaba a eso. El Talmud cuenta la historia de un Rabino que no perdonaba un pequeño insulto a su dignidad aunque el ofensor se lo rogaba trece años seguidos, ¡y eso en el Día de la Expiación!

Jesús responde a Pedro de tal manera que quita toda duda en cuanto a cantidad. “Setenta veces siete” simplemente representa una infinidad. La misericordia es una cualidad, no una cantidad. La sugerencia de Pedro implica que el perdón es la pérdida de algún derecho que podría recuperarse en un momento futuro. Jesús quiere que él entienda que no existe tal derecho y cuenta la historia de un siervo despiadado para dramatizar su punto.

La historia, que contiene tres escenas, está llena de cosas increíbles. Primero está la suma increíble que el siervo del rey ha robado o malgastado — ¡10.000 talentos! Era una suma 50 veces mayor que los impuestos anuales que Herodes Antipas recaudaba de Galilea y Perea (200 talentos) y más de 10 veces más que los ingresos de toda Palestina

(Josefo, *Antigüedades*, XVII, xi, 4). ¿Cómo podría aún un siervo real tener una suma así de grande en sus manos, mucho menos llegar a robar o perderla?

Pero ése es solamente el primer detalle notable en esta historia. No se presentó delante del rey, sino que “le fue presentado,” y eso no cae de sorpresa, pero su forma de suplicar sí. Este siervo que ha perdido toda una fortuna real, y para quien no existe ninguna posibilidad ya de que nadie le preste ni un solo centavo, ¡pide más tiempo para que lo devuelva todo! Con un poco de tiempo podrá arreglar todo. El día que las vacas vuelen. Que sugerencia imposible más ridícula. Y todavía la hizo. Tuvo que salir de la desesperación o de puro bravucón.

Sin embargo la sugerencia no sorprende tanto como la respuesta del rey. ¡El rey se lo perdona! Es un tratamiento totalmente improbable de parte de un gobernador oriental. Aún los reyes sufrirían por una pérdida como ésta, y bastante. Y aunque no existía ninguna esperanza en absoluto de recuperar el dinero, el hombre le ha puesto en ridículo de una manera que ningún otro debía tener la tentación de repetir. Había que hacer un ejemplo para impedir eso, un ejemplo muy severo. Sin embargo, inexplicablemente, él le perdonó todo a este sinvergüenza. ¡Qué gracia extraordinaria!

## Una historia increíble (2)

Como ya hemos dicho, la parábola de *El siervo sin misericordia* (Mat 18.21-35) es una historia increíble. La deuda enorme que acumuló el siervo real es asombrosa, la clase de súplica que hace al pedir que lo suelten resulta totalmente inverosímil, y la respuesta del rey—le perdona todo a este sinvergüenza redomado—es increíble. Y todavía hay más sorpresas. Queda un giro más que culmina el clímax.

La segunda escena de la historia abre con la salida del siervo maravillosamente perdonado de la presencia del rey. El ha sido salvado de un destino peor que la muerte. Sin embargo, con la tinta apenas seca en su propio perdón de millones, este ingrato insensato divisa a un “consiervo” que le debe unos cuantos dólares, ¡y casi le estrangula al pobre, exigiendo un pago completo e inmediato! Esto de verdad es increíble, que un hombre que recibió tanto perdón pudiera rehusar dar tan poco perdón. Parece que ni se le ocurre que su deudor le ruega piedad desde la misma postura y con las mismas palabras que él mismo usó hace muy poco. Además es irónico que mientras su propia súplica por tiempo para pagar era ridículo, había una posibilidad que este hombre de verdad podría pagar su deuda.

Nos hace preguntarnos qué pasaba en la mente del siervo perdonado. ¿Se felicitaba a sí mismo por lo inteligente que fue para escapar del desastre seguro? ¿Pensaba que el rey era un pardillo por tragarse su ruego y determinó nunca caer en tales tonterías sentimentales? ¿O es posible que era tan torpe que no veía ninguna conexión entre su propia situación y la de su consiervo? Jesús no lo dice.

La escena cambia una vez más. Algunos de los siervos del rey que han presenciado el proceso entero están tan consternados por él que le informan a su señor. El rey, ahora lleno de ira en vez de compasión y clemencia, hace volver al siervo ofensor. Ahora lo declara “malvado,” no por su infracción original, sino porque, habiendo recibido tal misericordia increíble, no tenía ninguna para dar. ¡Fue entregado inmediatamente a hombres que iban a asegurar dolorosamente que él pagara cada centavo! El siervo sin misericordia ha decidido que quiere jugar a justicia en vez de misericordia, y su señor le complace abundantemente.

Jesús hace el punto de su historia perfectamente claro. “Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas” (Mat 18.35). Y esto no es ninguna lección oscura. Jesús habla de ella con frecuencia en el Sermón del Monte: “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (Mat 5.7). “Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores” (Mat 6.12). “No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido” (Mat 7.1-2). Y más cerca del tiempo de nuestra parábola el Señor les advirtió a sus discípulos, “Mirad por vosotros mismos. Si tu hermano pecare contra ti, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale. Y si siete veces al día pecare contra ti, y siete veces al día volviere a ti, diciendo: Me arrepiento; perdónale” (Lucas 17.3-4).

La cantidad imposiblemente grande que el siervo le debía al rey presenta una ilustración adecuada de la enormidad de nuestros pecados contra Dios. Y la deuda pequeña que su consiervo le debía a él bien habla de lo minúsculo por comparación son los daños que otros pueden causarnos a nosotros. El MacBeth de Shakespeare, hablando

de su propia culpabilidad profunda, proclama que ni el océano entero podría ser suficiente para lavar la sangre de sus manos, sino que terminaría tiñendo rojo el mar entero. Es inconcebible, entonces, que los que son perdonados de tanto pudieran rehusar de perdonar tan poco. Sin embargo, ¿cuántos cristianos se levantan de la Cena del Señor para salir y vivir con dureza despiadada en la vida diaria?

El problema es que muchos de nosotros queremos vivir con Dios bajo la gracia, pero con los hombres, bajo la ley. Con nuestro Padre queremos misericordia pero con otros queremos justicia. No podemos tener los dos lados, y al intentarlo somos de verdad “malvados.” Es malo en sí que hayamos pecado contra la ley justa de Dios, pero ¿cuánto más grave debe ser que menospreciemos su misericordia y gracia? “¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia?” (Heb 10.29). Cuando los que entre nosotros hemos recibido tal misericordia de parte de Dios rehusamos mostrársela a los demás, seguro es que no hemos cometido ningún delito menor. “¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!” (Heb 10.31).

## Una mujer sin nombre que nunca olvidaremos

La enseñanza de Jesús sobre el perdón ha sido poco entendida en nuestros tiempos. La gracia de Dios se ha predicado extensamente y con entusiasmo, pero a menudo con presunción tan irreverente que lo que le costó a Dios y lo que exige de nosotros, tanto un sentido profundo de cuánto necesitamos el perdón como cuán agradecidos debemos estar por él, se tratan muy poco. Jesús se dirige a este asunto crucial en la parábola de *Los dos deudores* (Lucas 7.36-50).

En la parábola de *El siervo sin misericordia*, Jesús ilustra cómo la misericordia increíble de Dios hacia nosotros debe transformar nuestra actitud hacia los demás. En la parábola de *Los dos deudores*, Él ilumina el secreto de los que le aman a Dios de manera que sobrepasa y, al hacerlo, revela la razón por la que muchos hombres y mujeres, estando ellos mismos en gran necesidad de misericordia, son tan despiadados, críticos e implacables.

La historia que ocasiona esta parábola es una muy poderosa, tanto que la parábola está en su sombra, una pequeña ilustración sencilla que sirve para explicar la escena conmovedora que acaba de llevarse a cabo. No sabemos con exactitud ni cuándo ni en dónde Jesús enseñó la parábola de *Los dos deudores*, pero tiene que haber sido en una de las ciudades de Galilea y probablemente en el segundo año de predicación del Señor. Lucas la coloca en un momento en su narración que la haría una de las parábolas más tempranas del Señor, pero no se puede saber con seguridad si de verdad ocurrió en ese momento o si fue insertada para ilustrar por qué Jesús, como a sus detractores les encantaba repetir, tenía una reputación de ser amigo de pecadores. El hecho de que el



Señor todavía está recibiendo invitaciones para cenar con los fariseos y el ambiente generalmente sereno de ésta sugiere una ocasión antes de las confrontaciones amargas del año final cuando su última cita para cenar con un fariseo estalló en una denuncia poderosa de su hipocresía (Lucas 11.37-44).

Jesús, tan abierto a los nobles como a los humildes, ha aceptado la invitación a cenar de parte de un fariseo llamado Simón. Es difícil determinar los motivos de Simón. A lo mejor se trataba de curiosidad en cuanto a un maestro religioso popular o el deseo de exhibir una “persona popular” en su mesa. Él sabe que muchos le consideran a Jesús profeta, pero su cortesía con Él parece más condescendiente que considerada y respetuosa.

A esta escena de otra manera ordinaria entra una mujer de mala reputación que cae a los pies extendidos de Jesús y sin palabras los cubre con besos fervientes. El Señor, también sin hablar, sigue comiendo tranquilamente, no reulando de su toque ni reprochándole su atrevimiento. Simón, también, queda estupefacto, dejado tan atónito que no sabe qué decir, pero sí tiene pensamientos muy acusatorios contra la mujer y contra Jesús. “Si Jesús no sabe qué clase de mujer es ésta,” razona él, “no puede ser profeta, y si Él sabe y no la rechaza no puede ser bueno de verdad.” Para Simón, el mero toque de tal mujer contaminaba (v. 39).

Era seguro que tal conducta de parte de una mujer de mala reputación en el hogar de un fariseo prominente iba a causar sensación. Ella no era, primeramente, una visita regular, y en segundo lugar no se mantenía en la periferia como la tradición evidentemente les permitía a los desconocidos no invitados en la antigüedad, sino que se le acercó directamente a Jesús. Dada su reputación y la forma de pensar de Simón, no es

sorprendente que él pensara que sus besos fervientes eran de otro tipo de lo que de verdad eran. Llegó a una conclusión rápida que era tan falsa como era “lógica,” y en su prisa les trató tanto a la mujer como a Jesús de forma gravemente injusta.

*Ella vino a Él.* Los antecedentes de esta mujer “pecadora” están envueltos en silencio. No existe la menor evidencia de que era ni María de Betania (una mujer honorable de una casa bien respetada) ni María Magdalena (de quién Jesús echó siete demonios, que nunca era señal de maldad). Solamente podemos especular que ella, como miles de otras personas, oyó la invitación misericordiosa de Jesús de que vengan a Él los que son cargados de pecado para recibir de Él descanso, y, creyendo, llegó al Señor en contrición y gratitud gozosa (v. 50). La mujer llegó a Jesús, no llevada por impulso, sino resolución, y fijó su corazón tan completamente en el Hijo de Dios que estaba inconsciente del efecto de su comportamiento en otros.

*Ella lloró.* La única cosa no planificada en las acciones de esta mujer pecadora fue la inundación repentina de lágrimas que caían en cascadas, brotando de su corazón quebrantado pero agradecido. Se apura a pasar su cabello suelto para limpiar las gotas ofensoras, y ahora cerca, besa sus pies en gratitud y homenaje. Es probable que solamente después de calmarse derrama sobre Él la vasija de alabastro con el aceite aromático que le había traído para honrarle.

Aparte de la crucifixión, no hay escena más conmovedora en la Biblia, y por causa de ella, Jesús nos ha dado la parábola de *Los dos deudores*.

## Aprendiendo a tener suficiente compasión

La historia de Jesús del *Buen Samaritano* (Lucas 10.25-37) contiene todos los ingredientes emocionantes del periodismo moderno: la avaricia, el crimen, la violencia, el sufrimiento, el odio racial, la indiferencia social, el amor y la compasión. A fin de cuentas, ¿qué de verdad hay de nuevo? El evangelio se dirige claramente al hombre moderno.

Jesús contó esta historia porque en algún momento durante el otoño del año antes de su muerte, un intérprete de la ley (un experto de la ley judía) le preguntó sobre cómo obtener la vida eterna. No pedía información, sino le probaba al Señor a ver si conocía bien la ley. Sus motivos no están claros. ¿Trataba de ser astuto y exponer a este rabino “inculto”? ¿Le irritaban los ataques agudos que Jesús había dirigido a la hipocresía y la ignorancia de los hombres de su clase? ¿O era un esfuerzo honesto de poner a prueba las afirmaciones del Señor? Para tales hombres la ley solía ser tema de disputa en vez de guía para la vida. Él sabía bien lo que decía y respondió rápidamente cuando Jesús le devolvió la pregunta al “experto”—“Amar a Dios con todo tu corazón, alma, fuerzas y mente, y a tu prójimo como a ti mismo,” dijo él. Con la misma rapidez, Jesús llevó la conversación hasta dónde tenía que estar: “Tú conoces la verdad, pero sólo en vivirla está la vida.”

El intérprete de la ley, que se percibió a si mismo como un poco tonto por haber hecho una pregunta con una respuesta tan obvia, busca salvarse para no perder el debate, y plantea otro problema. “Eso está bien,” parece decir, “¿pero cómo puedo saber quién es mi prójimo?” Los escribas judíos eran conocidos por hacer distinciones muy

cuidadosas entre los “prójimos” y los “extraños.” Jesús contesta esta pregunta, no con otra pregunta ni afirmación ni ejemplo, sino con una historia penetrante.

El escenario era familiar—el camino desde Jerusalén hasta Jericó, un descenso empinado que en 35 kilómetros baja 1.000 metros por una desolación rocosa rasgada por centenares de quebradas accidentadas. Excepto la carretera moderna, la escena sigue igualmente desolada hoy en día. En el tiempo de Jesús, era un garito infame de ladrones y bandoleros.

La lección está en la interacción de los personajes que elige Jesús para encontrarse “por casualidad” en aquel tramo desolado. Primero está la víctima desafortunada, “cierto hombre” gravemente lesionado, desnudado, y dejado medio muerto en el desierto por ladrones. Sin socorro, él estaba destinado a morir sólo en este desierto árido. Podría ser cualquier hombre, de clase alta o baja, rico o pobre. Pensamos que era judío, pero eso no se dice ni tampoco se implica.

## **Los ladrones**

Los hombres que le robaron, pensando en una sola cosa, tenían toda la compasión de una manada de lobos feroces. Lo usaron como un pañuelo de papel y lo tiraron cuando ya no podían hacer más uso de él. No solemos ser tan brutales, pero de todas formas aprovechamos a la gente, aun en los contextos religiosos. Aprovechamos de ellos para alimentar a nuestros egos o para satisfacer nuestros propios propósitos egoístas, y entonces cuando ya no nos sirvan, los empujamos a un lado. Es una clase de crueldad sofisticada.

## **El sacerdote y el levita**

A esta escena patética primero llegan un sacerdote y un levita, hombres notados sobre todos los demás por su piedad religiosa. Su presencia en este camino no sería extraño ya que estos siervos especiales de Dios tenían que venir dos veces al año para servir por una semana en el Templo (1 Crón 24) y tendrían que viajar o desde Jericó, una ciudad de sacerdotes, o desde Galilea por Jericó para evitar a Samaria. De parte de tales hombres, cuyo trabajo era bendecir y servir a su pueblo, había todo motivo de esperar compasión. No hubo ninguna. Pasaron “de largo.” Pero la tragedia es que en esto Jesús no está señalando lo raro, sino a lo habitual: tan común como los ladrones en el camino a Jericó era esta “piedad” sin compasión que se preocupa por los que están sufriendo, pero no suficiente para vencer ni el miedo ni la inconveniencia. Sin duda tenían muchas razones buenas por no parar—cosas más importantes que hacer, no podían correr el riesgo de contaminarse para el servicio del templo, no convenía que roben a dos hombres en vez de uno; no se puede ayudar a todo el mundo. O a lo mejor, como algún humorista cínico una vez observó, ¡podían ver que ya le habían robado al hombre! Sin duda expresaron su indignación frente a toda esta violencia mientras lo pasaron cuidadosamente.

Esta parte de la historia podía haber sido dirigida al intérprete de la ley con su religiosidad fría y didáctica, ¿pero quién entre nosotros no ha ido sobre seguro cuando de repente le ha retardp la miseria física o espiritual de otros? Nos desalienta el riesgo a nuestra persona o la inconveniencia a nuestra agenda o el dolor de compartir el sufrimiento o la simple exigencia de tiempo y dinero. Nosotros, también, podemos hablar elocuentemente acerca de amar a los demás, pero con demasiada frecuencia no tiene nada de sinceridad.

## **Te presento a tu prójimo**

No se echaba a perder ningún amor entre los judíos y los samaritanos desde los días del Retorno cuando los líderes samaritanos intrigaron continuamente para prevenir la reconstrucción de Jerusalén. En el día de Jesús, la relación seguía amarga. Los judíos no se trataban entre sí (Juan 4.9), y usaban el término como la mayor expresión de abuso (Juan 8.18). Los pueblos de Samaria en cambio no acogían a los judíos que viajaban por la región hasta Jerusalén (Lucas 9.51-55). Durante el reinado de Claudio César, unos samaritanos masacraron a un grupo de peregrinos judíos en el pueblo en el límite norte de Ginea (*Antigüedades*, XX, xi, 1).

Esto explica la razón por la cual Jesús utilizó a un samaritano para ilustrar el significado del amor hacia el prójimo. Tocó directamente al prejuicio judío. En la historia del Señor, este mestizo marginado fue el único con suficiente compasión como para parar y ayudar a un hombre gravemente lesionado (Lucas 10.25-37). Más que meramente sentir la tragedia del hombre, el samaritano hizo algo. Atendió tiernamente sus heridas y lo llevó hasta el mesón más cerca en donde hizo provisión para su cuidado completo. Éste no fue ningún gesto grande pero efímero. Su preocupación y participación eran totales.

Antes de que Jesús hubo terminado de contar la historia del hombre robado y golpeado por ladrones y la hubo concluido preguntando, “¿Quién te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?” el intérprete de la ley que había comenzado esta conversación probablemente lamentaba haber abierto la boca. Aparentemente había planteado la pregunta acerca de lo que uno tenía que hacer para

heredar la vida eterna meramente para poder debatir, pero Jesús le obligó a contestar su propia pregunta. Había hecho la pregunta acerca de quién era su prójimo solamente para rescatarse de la humillación, pero ahora tiene que contestar otra vez. Rehusando aun identificar al samaritano, el intérprete de la ley dice, “El que usó de misericordia con él.” Con lo cual Jesús traslada todo de la teoría a la práctica. “Ve, y haz tú lo mismo,” dijo Él.

Lucas no recuenta el impacto de todo esto en el intérprete de la ley. Una cosa tenemos por segura. Él aprendió mucho sobre el tamaño de su vecindario. Abarcaba al mundo entero, y su prójimo era cualquiera que necesitaba su ayuda.

Había otras lecciones también. El sacerdote y el levita se equivocaron al poner el sacrificio antes que la bondad. El amar a Dios no quiere decir que uno sea cruel para con los hombres. Jesús una vez enseñó este punto por medio de las palabras de Oseas: “Porque misericordia quiero, y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos” (6.6; Mat 9.13). Juan más adelante iba a expresarlo en términos claros: “Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso, pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?” (1 Juan 4.20). Aun una cita para adorarle a Dios no puede usarse para justificar el darle la espalda a uno que sufre. Si nos encontramos en nuestro celo por Dios abandonando toda consideración de los demás, podemos estar seguros que estamos bajo el control de una pasión ilegítima. Algunos están trágicamente persuadidos que cualquier abuso de otros es justificado cuando uno intenta sostener la verdad de Dios.

Otra lección más se halla en el hecho de que el samaritano no respondía a ninguna nobleza en este desconocido desafortunado. Él no conocía el carácter moral del hombre

en absoluto. El amor al prójimo no es una reacción a la bondad de otros, sino a su necesidad. Aunque el hombre hubiera caído en apuros tan desesperados por su propia falta de cuidado, no habría cambiado nada. Podría ser un judío que personalmente había menospreciado a los samaritanos o simplemente por su raza había provocado memorias de las injusticias de los demás. Es difícil olvidarse de las heridas viejas y son fácilmente generalizadas a poblaciones enteras. Pero el verdadero amor al prójimo se conmueve solamente pensando en lo que uno en circunstancias parecidas quisiera para sí mismo. No es una reacción a la consideración de los demás, sino un acto puro de amor hacia los que quizás no hayan hecho nada para ser nuestros amigos.

Por fin, hay esta lección fundamental y general. Cuando se le preguntó sobre cómo heredar la vida eterna, Jesús dirigió al intérprete de la ley a la Escritura. Al buscar las respuestas a las preguntas trascendentes estamos demasiado dispuestos a pensar que la Biblia es muy difícil para dar respuestas claras. El Señor sabe mejor. La palabra de Dios es suficientemente clara para los que quieren hacer su voluntad. Si tuviéramos hoy la oportunidad de presentarnos en la misma presencia del Hijo de Dios y hacerle nuestras preguntas difíciles, Él nos diría lo que le dijo a aquel intérprete de la ley judío, “¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?” Las respuestas están allí si sólo tuviéramos el valor para recibir y aplicarlas.